



# Asamblea General

Quincuagésimo sexto período de sesiones

**43<sup>a</sup>** sesión plenaria

Viernes 9 de noviembre de 2001, a las 15.00 horas  
Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidente:* Sr. Han Seung-soo ..... (República de Corea)

*Se abre la sesión a las 15.10 horas.*

## **Tema 8 del programa (continuación)**

### **Aprobación del programa y organización de los trabajos: informes de la Mesa**

#### **Tercer informe de la Mesa (A/56/250/Add.2)**

**El Presidente (habla en inglés):** Quisiera señalar a la atención de los representantes el tercer informe de la Mesa (A/56/250/Add.2).

En el párrafo 1 de dicho informe, la Mesa decidió recomendar a la Asamblea General que el tema 169 del programa “Administración de Justicia en las Naciones Unidas” se asignara a la Quinta Comisión, en la inteligencia de que cualquier decisión que requiriese la modificación del estatuto del Tribunal Administrativo de las Naciones Unidas o que se refiriese al establecimiento de una jurisdicción de nivel superior, se sometería a consulta con la Sexta Comisión.

¿Puedo considerar que la Asamblea General decide asignar el tema 169 del programa, “Administración de Justicia en las Naciones Unidas”, a la Quinta Comisión, en la inteligencia de que cualquier decisión que requiera la modificación del estatuto del Tribunal Administrativo de las Naciones Unidas o que se refiriera al establecimiento de una jurisdicción de nivel superior, se someterá a consulta con la Sexta Comisión?

*Así queda acordado.*

**El Presidente (habla en inglés):** En el párrafo 2 de su informe, la Mesa decidió, con respecto al tema 12 “Informe del Consejo Económico y Social”, recomendar a la Asamblea General que el informe del Consejo Económico y Social, en su totalidad, se examinara directamente en sesión plenaria, en la inteligencia de que las Comisiones Segunda, Tercera y Quinta continuarían ocupándose de las secciones que ya se les había remitido para su examen de acuerdo con la práctica habitual.

¿Puedo entender que la Asamblea General decide, con respecto al tema 12 “Informe del Consejo Económico y Social” que el informe del Consejo Económico y Social, en su totalidad, se examine directamente en sesión plenaria, en la inteligencia de que las Comisiones Segunda, Tercera y Quinta continuarán ocupándose de las secciones que ya se les han remitido para su examen de acuerdo con la práctica habitual?

*Así queda acordado.*

## **Tema 25 del programa (continuación)**

### **Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones**

#### **Informe del Secretario General (A/56/523)**

#### **Proyecto de resolución (A/56/L.3)**

**Sr. Negroponte (Estados Unidos de América) (habla en inglés):** La brutalidad indiscriminada de los ataques terroristas perpetrados el 11 de septiembre fueron la antítesis de todo lo que querríamos lograr en

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-178. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



un diálogo entre civilizaciones, si por “civilización” queremos decir un modo de existencia en comunidad que demuestre las mejores cualidades y los mayores dones de las personas.

En un intento por presentarse como los representantes del Islam, los terroristas arguyeron perseguir una guerra sagrada, cuya premisa era la inexistencia de otro pueblo. Sin embargo, esos hombres no representaban —ni podrían representar— el Islam. Actos criminales, como los perpetrados por ellos, reflejaron una enajenación y un odio totales, un criterio de que personas inocentes no tenían derecho a vivir, una decisión unilateral de incinerar a miles de ciudadanos de numerosas tierras y creencias. Murieron hombres y mujeres. Murieron judíos, cristianos y musulmanes. Murieron árabes, asiáticos, africanos, europeos y latinoamericanos.

Esto no fue “diálogo” ni “civilización”, pero, sin dudas, fue un acto que imprime urgencia a nuestra misión aquí en el día de hoy. Si bien podemos estar seguros de que los autores de los actos del 11 de septiembre serán llevados ante la justicia, la pregunta sigue siendo: ¿cómo podemos armonizar las distintas percepciones de la gloriosa diversidad del mundo? ¿cómo podemos asegurar que el impulso salvaje de negar la existencia misma de otro pueblo se relegue al pasado de la humanidad? El examen de estas preguntas en el marco del diálogo y la civilización encierra, en gran medida, la esencia de nuestra tarea, y agradecemos que el Secretario General haya elevado nuestros esfuerzos a un nivel tan alto.

Para comenzar, el mayor peligro que enfrentamos en el mundo de hoy no es que hablemos idiomas diferentes, sino que no siempre escuchemos en idioma alguno. El arte de escucharse entre sí, el compromiso de responder a lo que se nos dice: esa es la dinámica fundamental del diálogo. Asimismo, el diálogo —la comunicación recíproca— reviste importancia suprema al tratar de enfrentar la vasta complejidad de civilizaciones que han evolucionado durante siglos y, de hecho, de milenios, puesto que la civilización no es estática. La civilización es dinámica; es la base sobre la cual es posible establecer el diálogo con otros. Nuestras civilizaciones son nuestra voz y nuestro significado; son la capacidad de realizar intercambios armoniosos; nuestra capacidad de entendimiento mutuo.

Lógicamente, los Estados Unidos son una manifestación de la civilización occidental, con profundas raíces culturales en el mundo antiguo del Mediterráneo,

pero son mucho más que eso. Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, a este país llegaron inmigrantes, no sólo de las partes de Europa occidental que tradicionalmente se asocian con la población de los Estados Unidos, sino también de regiones de Europa y Asia oriental y meridional. A comienzos del siglo XX, esos patrones habían quedado relegados por un mayor número de inmigrantes de América Latina, Asia y África.

Claro está, muchos de los que en definitiva constituyeron los Estados Unidos no eran inmigrantes en absoluto. Eran esclavos o poblaciones aborígenes cuya llegada a América del Norte antecedía en muchos siglos a los asentamientos europeos. Estos son los hechos más oscuros de nuestra historia. El cambio se fue produciendo lentamente. Seiscientos mil personas murieron en nuestra Guerra Civil por la que pusimos fin a la esclavitud; la lucha por la igualdad racial y los derechos civiles se prolongó por todo el siglo XX.

Queda mucho más por hacer, pero las dificultades de la diversidad han definido nuestros mejores esfuerzos y nuestros logros más inspiradores. *E Pluribus Unum* es un lema que capta muy bien la experiencia de los Estados Unidos.

Aquí en Nueva York hemos visto florecer la Pequeña Italia, el Barrio Chino y el fenómeno al que a veces se le llama “Moscú sobre el Hudson”. En nuestra costa occidental, en las escuelas públicas de California se ofrece instrucción en más de 80 idiomas diferentes, mientras que en Los Ángeles habita una de las mayores poblaciones hispano parlantes que encontremos en ciudad alguna. En una Tierra mundializada, nosotros mismos estamos mundializados. En ello, hay parte de agnía y vértigo, pero hay también una parte aún mayor de tesoro. El diálogo entre civilizaciones, como lo aplicamos en los Estados Unidos, es un esfuerzo para reconciliar aquello en lo que creemos y que hacemos juntos y aquello en lo que creemos y hacemos por separado. Todos somos estadounidenses, pero también somos católicos, protestantes, judíos, musulmanes e hindúes. En los Estados Unidos hay 1.200 mezquitas. Hay templos budistas. Hay grandes comunidades de sikhs y de cristianos ortodoxos orientales. Hoy, en este año 2001, estos son los Estados Unidos y damos gracias por el constante desafío de ser tolerantes, de demostrar respeto mutuo y de aprender algo nuevo de las tradiciones y creencias humanas y de etnias sumamente antiguas.

Hoy, en la sombra del 11 de septiembre, el mundo en general enfrenta el mismo reto. Los conflictos

religiosos y comunitarios ensombrecen la alborada del siglo XXI. Algunas personas equivocadas creen que pueden manipular los valores nacionales y culturales como si un muro ocultara sus actos, pero se engañan si creen que sus acciones no se ven y sus palabras no se escuchan.

En nuestro mundo moderno y mundializado, entretelado con los hilos de la inmigración, la interdependencia económica y la comunicación, ninguna civilización —ninguna cultura, religión ni etnia— puede vivir aislada. Lo que no se recoge en videos, se recoge en fax. Lo que no se trasmite por radio, se trasmite por la Internet. Esto es beneficioso. Nos da la oportunidad a todos de celebrar un diálogo sincero y genuino sobre el papel que nuestras civilizaciones pueden desempeñar en el enriquecimiento del futuro de la humanidad.

La Declaración de Teherán de mayo de 1999, emitida en el Simposio Islámico sobre el Diálogo entre Civilizaciones, estableció entre sus principios generales el respeto de la dignidad e igualdad de todos los seres humanos, la aceptación genuina de la diversidad cultural y el respeto mutuo y la tolerancia con relación a las opiniones y los valores de las diferentes culturas y civilizaciones.

Estos no son sólo principios que los estadounidenses comparten. Son principios que están imbricados en la urdimbre de nuestra experiencia nacional y en los que creemos que puede erigirse realmente un diálogo sabio y efectivo entre las civilizaciones.

Nuestras ambiciones con relación a este diálogo deben ser grandes. En nuestro planeta mundializado deberíamos alentar, no frenar, la libre corriente de ideas. Deberíamos respetar, no despreciar, los valores y las creencias de otras culturas. Deberíamos apreciar, no rechazar, las muchas manifestaciones de la diversidad humana. El vínculo entre la ignorancia y la violencia no puede soslayarse.

Los conflictos basados en las culturas se nutren de los prejuicios, los estereotipos, las animosidades históricas y el cinismo. Innumerables tragedias nos han hecho comprender esto. Es hora de que volvamos a atender al crisol para que sean las mejores y no las peores cualidades de nuestras civilizaciones las que influyan en nuestros problemas.

Por ello, opinamos que este diálogo entre civilizaciones es una iniciativa importante y saludable. La

aplaudimos y la apoyamos y esperamos verla materializarse en los meses y años venideros.

**Sr. Tuomioja** (Finlandia) (*habla en inglés*): Para comenzar, quiero asociarme plenamente a la declaración formulada por el Sr. Louis Michel, Viceprimer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, en nombre de la Unión Europea, y hacer las siguientes observaciones adicionales.

El diálogo entre civilizaciones es esencial para fomentar la tolerancia, la comprensión y el respeto mutuos. Las manifestaciones de intolerancia surgen del temor a lo desconocido, que conduce, en el peor de los casos, a los conflictos y los atentados contra las personas. Un diálogo abierto entre las personas, los pueblos y las culturas nos ayuda a derribar las barreras donde existan o parezcan existir.

Por ejemplo, los actos terroristas no deberían vincularse a ninguna religión o civilización en particular. A partir de la historia, todos conocemos muy bien que el fanatismo, aliado a cualquier ideología o religión, puede conducir al odio ciego y la violencia. Este tipo de fanatismo e intolerancia es nuestro enemigo común.

Como ha recalcado con frecuencia el Secretario General, las civilizaciones y las culturas no son hechos constantes ni inmutables de la historia; están en constante proceso de cambio, crecimiento, desarrollo y adaptación a las nuevas épocas y nuevas realidades mediante una interacción recíproca. Esta interacción ha creado sociedades multiétnicas y multiculturales, ricas y diversas en su legado. Por ello, las dicotomías estrictas entre diferentes culturas y civilizaciones son infundadas, como lo es la teoría sobresimplificada del choque entre las civilizaciones.

Un punto de partida en un diálogo entre civilizaciones es el reconocimiento de que la dignidad inherente a todos los miembros de la familia humana y sus derechos iguales e inalienables son la base de la libertad, la justicia y la paz en el mundo, como se proclamó en la Declaración Universal de Derechos Humanos. La Declaración Universal, junto con la amplia gama de instrumentos existentes adoptados por el sistema de las Naciones Unidas con respecto a la tolerancia, los derechos humanos, la cooperación cultural, la ciencia y la educación constituyen una sólida base normativa para el diálogo entre civilizaciones.

El respeto de los derechos humanos no significa la eliminación de las diferencias entre las culturas. Por

el contrario, el respeto de la diversidad y el derecho a disfrutar de la cultura propia son elementos centrales de la ética mundial. Es preciso asegurar el derecho de las minorías y de los pueblos indígenas a gozar de su propia cultura, a profesar y a practicar su propia religión y a utilizar su idioma materno. Necesitamos desplegar esfuerzos sistemáticos para dar a conocer la historia y el aporte de las diferentes minorías, de los pueblos indígenas y de otros grupos étnicos al desarrollo de nuestras sociedades contemporáneas. En este contexto, es igualmente importante que las minorías mismas respeten los derechos humanos, incluidos los de las mujeres y las niñas.

Es nuestra responsabilidad como Gobiernos asegurar que el diálogo sea totalmente incluyente. Cada persona, con independencia de su condición, debe poder participar en él. Al respecto, quisiera recalcar, en particular, la importancia de la participación plena y equitativa de la mujer en todo el proceso de adopción de decisiones.

La libertad de palabra y expresión son requisitos necesarios para un diálogo verdadero entre civilizaciones. Los medios de difusión tienen un papel indispensable y fundamental que desempeñar en la promoción de un diálogo. Es importante que aseguremos la independencia de los medios de difusión, de manera que puedan cumplir efectivamente esta tarea.

El Secretario General ha abogado firmemente a favor de la cultura de la prevención. Su informe sobre la prevención de los conflictos armados fue una contribución importante a este fin. Una forma de prevenir es aumentar el conocimiento y la comprensión en el interior de las diferentes culturas y entre ellas, mediante un diálogo abierto. La capacitación y la educación son esenciales al respecto, en particular la educación en materia de derechos humanos. La educación genera respeto mutuo, contactos pacíficos y cooperación entre las personas que pertenecen a religiones, culturas o civilizaciones diferentes. Saludo el hincapié que se hace en la educación en el Programa Mundial para el Diálogo entre Civilizaciones.

La Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, celebrada en Durban, marcó un hito en el contexto de los esfuerzos mundiales para combatir todas las formas de discriminación. Debemos establecer mecanismos multilaterales y nacionales a fin de aplicar el programa contra la discriminación. Como

ejemplo de mecanismo nacional para combatir la discriminación racial, quisiera mencionar que, mientras se celebraba esta Conferencia, en Finlandia se estableció la Oficina del Mediador para las Minorías.

Por último, desearía referirme a los niños. Los niños nacen sin prejuicios. Por ende, el diálogo entre civilizaciones debería comenzar por ellos. En su reciente libro, *The Impact of War on Children*, la Sra. Graça Machel examina un programa de los niños en pro de la paz y la seguridad y recalca la importancia de darles participación como un recurso. Observó que los jóvenes no deben considerarse como problemas ni como víctimas, sino, más bien, como contribuyentes fundamentales en la planificación y aplicación de soluciones a largo plazo. Un ejemplo excelente de la contribución de los niños a la paz y la tolerancia es el movimiento de niños por la paz de Colombia.

Los horribles actos del 11 de septiembre constituyeron una manifestación flagrante de odio ciego. Estamos decididos a permanecer comprometidos con nuestros objetivos comunes, que precisamente son los mismos que pretenden socavar los terroristas. La lucha contra el terrorismo es una lucha por la democracia. Tenemos que permanecer unidos y promover vigorosamente los valores comunes de la humanidad a fin de impedir que vuelvan a producirse ese tipo de ataques en el mundo.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Didier Opertti Badan, Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay y ex Presidente de la Asamblea General.

**Sr. Opertti** (Uruguay): Nos congratulamos de que en este año y en este particular momento la Asamblea General de las Naciones Unidas pueda dar un paso más en su objetivo de facilitar y promover el diálogo entre las civilizaciones y se encuentre así abocada a la conmemoración de un período destinado a este tema, así como a la previsión y establecimiento de las medidas necesarias para avanzar en él.

Nuestro país, Uruguay, que desde el surgimiento de las Naciones Unidas ha estado consustanciado con los principios rectores de la Carta que les dio vida, comparte con total convicción la premisa de que el diálogo siempre —reitero: siempre— puede y debe prevalecer sobre la discordia y que es mucho más, y sobre todo mucho más sustancial, lo que une en definitiva a los diferentes pueblos del mundo en su condición humana que lo que los separa.

Cuando se propuso que este tema fuera traído a la consideración de la Asamblea General en el año 1998 me tocaba presidir este alto cuerpo que es la Asamblea General y tuve entonces el especial privilegio de prestarle mi más entusiasta apoyo. Desde el primer momento observamos que esta iniciativa de la delegación del Irán abría una nueva y promisoría puerta para canalizar una forma novedosa y válida de cooperación entre pueblos y gobiernos que iba más allá de la cooperación económica, de la asistencia técnica, de la ayuda para el desarrollo.

Compartimos la idea del Representante Personal del Secretario General para este tema, Sr. Giandomenico Picco, de que si bien todavía no se ha podido alcanzar un diálogo satisfactorio entre civilizaciones, ello lejos de significar un obstáculo, representa un mayor desafío para quienes pensamos que esa es la línea de acción que debemos continuar transitando.

Las diversas acciones que se han llevado a cabo nos permiten mantener la esperanza de que pronto avances significativos estén al alcance de todos nosotros. Entre esas acciones recordamos: las desplegadas por el Secretario General, que surgen del informe A/55/492/Rev.1; la reunión de Jefes de Estado de septiembre de 2000, en esta misma sede; el documento "Reflexiones de Salzburgo", emanado de la reunión de agosto de 2001; las conclusiones del "Foro del Siglo XXI, Simposio del Diálogo entre Civilizaciones", simposio que tuvo lugar en Beijing, China, en septiembre de 2001; y la labor que desempeña el Grupo de Personalidades eminentes que seleccionó el Secretario General y que en la mañana de hoy hemos tenido ocasión de escuchar.

A todo esto se agrega hoy día este debate de alto nivel, del que esperamos se puedan extraer algunas líneas concretas de acción que permitan a los países llevar adelante el proyecto de programa mundial que nos propone el proyecto de resolución A/56/L.3, que apoyamos, naturalmente.

Hoy más que nunca debemos tender y fortificar lazos entre los pueblos sobre la base del conocimiento recíproco, de la tolerancia, de la comprensión y el deseo universal de promover la paz, el imperio de la ley y garantizar así el progreso social, económico y político para todos, con independencia de las diversidades existentes, asumiéndolas como una parte ineludible de la realidad.

En estos tiempos en que la cruel experiencia vivida en este país hace pocas semanas nos ha revelado cuán poderosos son los enemigos de la humanidad, cuán vulnerables son nuestros pueblos, qué frágil es nuestra seguridad, cuáles son los peligros que vivimos cada uno de nosotros a diario, el diálogo entre civilizaciones es el único instrumento que nos ofrece extraordinarias posibilidades de persuasión, de contribuir mediante el convencimiento a la prevención de conflictos, a la supresión de rivalidades y de resentimientos y al fortalecimiento de la hermandad entre las naciones.

El diálogo implica respeto mutuo; el diálogo lleva necesariamente al entendimiento y al conocimiento y, a partir de éste, aproxima a los hombres de cada civilización a la verdadera esencia de la otras civilizaciones; disipa malentendidos; elimina prejuicios, ese gran enemigo del ser humano que es el prejuicio; corrige errores. Por eso veo en el diálogo entre civilizaciones un medio de verdadera y auténtica utilidad que las Naciones Unidas, como ámbito que acoge generosamente a toda la comunidad internacional, deben estimular y desarrollar para combatir la ignorancia, la intolerancia, el dogmatismo fundamentalista cualquiera sea su signo y el aislamiento.

Por eso es muy importante la acción que, en aras de valorizar y revalorizar las diversidades culturales y preservar el patrimonio mundial, realiza la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), así como la declaración sobre la diversidad cultural que allí se está elaborando y que favorecemos.

Por último, nuestro país, que siempre ha hecho desde su dimensión limitada en geografía y rica en historia una importante apuesta a la educación, seguirá trabajando en esa dimensión para contribuir a formar futuras generaciones de todas las civilizaciones del mundo para que puedan mirarse a los ojos sin miedos, sin odios, sin preconceptos. Éste, el de las Naciones Unidas, es el ámbito acaso uno de los más adecuados para galvanizar, para impulsar ese acercamiento, y en eso confiamos.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Gabriel Rojas, Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala.

**Sr. Orellana Rojas** (Guatemala): Desde que la Asamblea General decidió, en 1998, proclamar el año 2001 como el Año del Diálogo entre Civilizaciones, hemos seguido con gran interés el curso de los debates

sobre la materia en distintos seminarios, conferencias y mesas redondas. Nuestro país tiene sus raíces en civilizaciones milenarias y, por lo tanto, conocemos el potencial creativo de la diversidad cultural y también los riesgos de su confrontación. Nuestra historia, en efecto, aporta lecciones en ambos sentidos. Estas incluyen, por un lado, los dolorosos resultados de una cultura occidental que impone sus valores sobre una cultura autóctona. Por otro lado, también abarca iniciativas más recientes, consagradas en los acuerdos de paz suscritos en diciembre de 1996 que plantean el reconocimiento jurídico y político para la consolidación de un Estado multicultural, plurilingüe y multiétnico.

Entendemos que el concepto mismo del diálogo entre civilizaciones puede prestarse a malos entendidos. La mera idea de confrontación entre culturas, etnias o religiones plantea un riesgo de primer orden para los valores consagrados por la Carta de las Naciones Unidas, sobre todo a raíz de las circunstancias que nos ha tocado vivir a partir del 11 de septiembre pasado. Eso es así hacia el interior de muchos de nuestros países, y también lo es entre las naciones. Lo que debemos perseguir hoy, más que nunca, es celebrar la diversidad, venerar la tolerancia y promover el diálogo, el entendimiento y la concordia. Nuestra consigna debe enfatizar lo mucho que nos une como seres humanos. Por todo lo anterior, aplaudimos esta feliz iniciativa que hoy nos tiene reunidos.

Este era el ánimo que nos llevó a suscribir, en marzo de 1995, el Acuerdo sobre identidad y derechos de los pueblos indígenas. Dicho Acuerdo reconoce la identidad de los pueblos maya, garífuna y xinca para la construcción de la unidad nacional basada en el respeto y ejercicio de los derechos políticos, culturales, económicos y espirituales de todos los guatemaltecos. El Acuerdo persigue la lucha contra la discriminación legal y, de hecho, reconoce la particularidad y vulnerabilidad de la mujer indígena y crea la Defensoría de la Mujer Indígena. También reconoce la cultura maya como el sustento original de la cultura guatemalteca y como un factor activo y dinámico en el desarrollo y progreso de la sociedad. El Acuerdo también reconoce expresamente que: “la política educativa y cultural debe orientarse con un enfoque basado en el reconocimiento, respeto y fomento de los valores culturales indígenas.”

Por último, el Acuerdo contiene compromisos concretos en materia de derechos civiles, políticos, sociales y económicos, y establece comisiones paritarias, integradas por representantes del Gobierno y de

las organizaciones indígenas, para darle seguimiento a los compromisos adquiridos. Es más, el conjunto de los acuerdos de paz valoran el respeto de los derechos humanos, la tolerancia, la participación, la democracia y el desarrollo, todos ingredientes esenciales de la temática objeto de nuestro debate.

Esta vivencia nacional reciente también moldea nuestra actitud en el plano internacional. En este sentido, agradecemos al Sr. Secretario General su informe presentado bajo las siglas A/56/523. Agradecemos asimismo a los países que las organizaron y contribuyeron a la realización de las actividades de que dicho informe relata. Y coincidimos plenamente con el Secretario General cuando afirma que el diálogo entre civilizaciones es esencial si queremos tener éxito en el logro de uno de los objetivos principales de la misión de las Naciones Unidas, cual es impedir los conflictos. Agregaría a este concepto el imperativo categórico de impulsar el desarrollo, ya que la pobreza y la desigualdad social constituyen caldo de cultivo de las tensiones y confrontaciones que constituyen la antítesis de lo que se propone con el diálogo entre civilizaciones.

En el plano internacional, el diálogo entre civilizaciones ha perdido su dimensión territorial. El desarrollo de las comunicaciones, y especialmente de las migraciones sin precedentes, hacen que entre nosotros el diálogo entre civilizaciones tenga lugar en forma cotidiana entre agentes culturales individuales, entre vecinos del mismo barrio o entre colegas. Ello nos conduce a un diálogo de interlocutores múltiples, donde la tolerancia y la comprensión de la alteridad se impondrá, derivado de las inesperadas combinaciones de culturas e ideas. Debemos celebrar este diálogo múltiple y celebrar la hibridación, la interacción y la metamorfosis que destruirá a la larga las versiones fundamentalistas e integristas de la civilización.

Finalmente, apoyamos la adopción de un programa de acción que sustente con contenido real el considerable caudal de actividades emprendidas a raíz de los mandatos contenidos en las resoluciones de la Asamblea General 53/22, 54/113 y 55/23, incluyendo la producción del libro *Crossing the Divide*. Esas actividades convergen y expanden los principios y valores recogidos en nuestra Carta, y es bueno hacer con ellos una profesión de fe y, por lo tanto, recordarlos diariamente.

**Sr. Jerandi (Túnez) (habla en francés):** Permítame expresar en nombre de mi delegación nuestro agradecimiento al Secretario General, Sr. Kofi Annan,

por su informe titulado “Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones”, así como a su Representante Personal Sr. Picco y al Grupo de Personalidades por los esfuerzos que han desplegado en la preparación del documento dedicado a este tema. Si bien la idea del diálogo entre civilizaciones no es nueva, la proclamación del año 2001 como Año del Diálogo entre Civilizaciones ha tenido una repercusión indudable en la comunidad internacional.

Hoy estamos más resueltos que nunca a otorgar al diálogo entre civilizaciones el lugar que le corresponde, particularmente en el nuevo contexto mundial originado por los atentados terroristas que sacudieron a los Estados Unidos el 11 de septiembre. Esos acontecimientos han demostrado que dicho diálogo es totalmente indispensable y urgente. No obstante, no puede concebirse éste como un mero contraataque al terrorismo; debe entenderse también como un medio de acercar a los pueblos y de difundir la paz.

Al respecto, el Presidente de la República de Túnez, Zine El Abidine Ben Ali, instó a los dirigentes del mundo, a las fuerzas del bien y a los hombres de buen criterio a que intensifiquen sus esfuerzos para impedir que, como consecuencia de incidentes coyunturales, se produzca un deslizamiento de la opinión pública o de las relaciones entre los pueblos hacia el resurgimiento del espectro de la confrontación entre las religiones que, en esencia y por la nobleza de sus objetivos, son fuente de tolerancia, de diálogo y de solidaridad.

Nuestro Presidente declaró que

“El futuro de la seguridad, de la estabilidad y del desarrollo en el mundo depende de la consagración de los principios de comprensión mutua y de tolerancia entre los pueblos. Por nuestra parte, y desde nuestra posición, estamos decididos a apoyar todos los esfuerzos encaminados a lograr este objetivo.”

Túnez, tierra de encrucijada y de encuentro de muchas civilizaciones, que posee una rica historia de más de 3.000 años de antigüedad, siempre ha obrado por el acercamiento de los pueblos y el fortalecimiento de los vínculos entre las distintas civilizaciones. El nuevo Túnez continuará defendiendo este ideal y trabajando para promover la tolerancia, la diversidad, el diálogo y la concordia. Sobre la base de esa convicción, el Presidente de la República anunció el 7 de noviembre de 2001 la institución de una cátedra universitaria para el diálogo entre civilizaciones y religiones.

Dado que próximamente albergaremos un simposio internacional sobre el diálogo entre civilizaciones organizado conjuntamente con la Organización Islámica para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Túnez tratará de que esta reunión constituya una etapa importante en la lucha constante del hombre en pro de la consagración de esos nobles principios y de su protección contra todos los peligros posibles.

Estamos convencidos de que el diálogo entre civilizaciones debe estar abierto a todos y basarse en los principios estipulados en la Carta de las Naciones Unidas. El diálogo entre las civilizaciones comienza por el reconocimiento de la igualdad entre todas las civilizaciones y de sus contribuciones sucesivas a la humanidad, lejos de toda pretensión de superioridad. Estimamos también que el diálogo presupone que todas las civilizaciones tienen la misma importancia, que ninguna de ellas puede reivindicar la supremacía sobre otra y que, en consecuencia, el diálogo entre civilizaciones debe conllevar necesariamente el rechazo a la exclusión, la renuncia a la injerencia y una mayor comprensión, tolerancia y respeto por los otros.

Consideramos que la esencia del diálogo entre civilizaciones consiste en abogar por la diversidad cultural y religiosa, que es una fuente de fortaleza y no una causa de división y enfrentamiento. Este diálogo sólo será posible si aceptamos el hecho de que la comunidad internacional en su conjunto comparte los valores comunes de tolerancia y libertad y expresa la voluntad inquebrantable de vivir en un mundo en el que los derechos humanos sean respetados de manera universal.

Tras el fin de la división bipolar, nuestro mundo encara hoy el fenómeno de la mundialización, que parece regir las relaciones internacionales y pone de manifiesto cada vez más cuán profunda y compleja es la diversidad humana en todos sus aspectos. Debemos asegurarnos de que la mundialización beneficie a todos por igual, y de que no se imponga a ningún grupo un sistema cultural o económico. El mantenimiento y la promoción de las identidades, así como la protección de las tradiciones culturales y de las civilizaciones no deben constituir una amenaza para la paz y la seguridad ni servir como pretexto para la exclusión o el ultranacionalismo. Al contrario, la interacción entre las culturas producto de la mundialización debería preservar la diversidad y la riqueza de las diferentes civilizaciones.

Nuestra tarea consiste en actuar de consuno para crear un mundo mejor. En este sentido, la comunidad

internacional debe asumir sus responsabilidades corrigiendo los errores y hallando soluciones justas, equitativas y duraderas a conflictos de larga data. Esperamos que el año 2001, el Año internacional del Diálogo entre Civilizaciones, aporte una solución concreta y factible a la causa palestina, porque el pueblo palestino continúa padeciendo prácticas humillantes, violaciones flagrantes de sus derechos fundamentales y la negación cotidiana de su derecho inalienable a un Estado en su territorio con Al-Quds como su capital.

También es importante que, al comenzar el siglo XXI, las Naciones Unidas aborden de manera similar todas las causas, sin hacer distinciones. Seguimos teniendo la certeza de que esta Organización es el mejor foro para el diálogo, sobre la base de los principios de igualdad, justicia, tolerancia y del respeto por el derecho internacional.

**Sr. Simão** (Mozambique) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Deseo sumarme a los oradores anteriores para felicitarlo por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo sexto período de sesiones. Estoy seguro de que bajo su capaz dirección nuestros debates se verán coronados por el éxito. También quiero felicitar a su predecesor, Sr. Harri Holkeri, por la notable labor que realizó durante el quincuagésimo quinto período de sesiones de la Asamblea General.

Quiero aprovechar esta oportunidad para reiterar nuestra profunda simpatía y solidaridad con el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos de América por los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre. También compartimos la congoja y aflicción de las naciones y de las apesadumbradas familias que perdieron a sus ciudadanos en ese día trágico.

Permítaseme también reiterar la condena inequívoca de mi Gobierno del terrorismo internacional en todas sus formas y manifestaciones. De hecho, el terrorismo constituye una gran amenaza a la paz y seguridad internacionales que requiere un compromiso y una acción firmes y concertados de parte de todas las naciones del mundo. Es vital que las Naciones Unidas sigan participando en los esfuerzos internacionales por combatir el terrorismo y cualquier amenaza a la paz y seguridad internacionales. Esos esfuerzos deben ir encaminados tanto a eliminar como a impedir esas amenazas, inclusive el terrorismo internacional. Como se reitera en la Declaración del Milenio,

“... las Naciones Unidas son el hogar común e indispensable de toda la familia humana, mediante el cual trataremos de hacer realidad nuestras aspiraciones universales de paz, cooperación y desarrollo.”

Quiero rendir homenaje al Secretario General Kofi Annan por haber obtenido el Premio Nobel de la Paz del 2001. El hecho de que se haya otorgado este premio a Kofi Annan y a las Naciones Unidas demuestra claramente el reconocimiento de la función de garantes de la paz y seguridad internacionales que desempeñan este órgano mundial y su Secretario General.

Mozambique saluda una vez más al Excmo. Sr. Presidente Khatami, del Irán, por su iniciativa de proponer a este órgano mundial que se debata un tema tan importante. El diálogo entre civilizaciones reviste una importancia fundamental para el futuro de la humanidad. El diálogo entre civilizaciones es un elemento esencial para promover la paz y la tolerancia en todo el mundo. Este diálogo debe tener por objeto promover permanentemente la inclusión, la equidad, la igualdad y la tolerancia en la interacción entre los seres humanos.

Nuestros Jefes de Estado y de Gobierno afirmaron el año pasado en la Cumbre del Milenio que la tolerancia es uno de los valores fundamentales esenciales para las relaciones internacionales en el siglo XXI. Afirmaron también la necesidad de promover activamente una cultura de paz y diálogo entre civilizaciones, en la que los seres humanos se respeten unos a otros en toda su diversidad de creencias, culturas y lenguas, sin que se teman ni se repriman las diferencias entre las sociedades y dentro de ellas, sino valorándolas como un bien preciado de la humanidad.

En ese mismo espíritu, mi delegación cree que una búsqueda significativa de la paz y la prosperidad duraderas en el mundo, tarea a la que nos hemos comprometidos, debe basarse en un diálogo permanente dentro de las naciones, las civilizaciones y los grupos y entre ellos. Una promoción efectiva de una cultura de paz y tolerancia también debe reflejarse a los niveles individual y nacional dentro de nuestros propios Estados. Al respecto, los políticos, los dirigentes religiosos y comunitarios, los medios de difusión y la sociedad civil, en general, deben marchar a la vanguardia.

Es esencial que cada persona, con independencia de su cultura y valores, se esfuerce por apreciar y respetar la cultura y los valores de otros seres humanos. Es menester que se aliente a las minorías y a las

comunidades de nuestras sociedades a participar en todas las actividades sociales que procuren fomentar el sentimiento de pertenencia común y que éstas se sientan libres de mostrar su cultura y valores individuales como importante contribución a la construcción de una sociedad armoniosa y tolerante. Sólo un diálogo así, basado en el respeto de la dignidad humana y la diversidad filosófica, religiosa, política y cultural, que caracteriza a nuestro mundo, nos permitirá realmente aumentar el entendimiento mutuo y el respeto entre las civilizaciones.

*El Sr. Sevilla Somoza (Nicaragua), Vicepresidente, ocupa la presidencia*

Nuestra realidad de hoy hace que esta necesidad sea cada vez más urgente. La mundialización no es cuestión sólo de las interacciones políticas, económicas y tecnológicas entre las naciones, sino también del aumento de la interacción entre los pueblos de las culturas, razas y etnias más diversas que se haya visto jamás. A fin de enfrentar los retos que plantean estas realidades, debemos esforzarnos para promover la paz, la estabilidad y el desarrollo en el mundo. La base común más sólida para lograr este objetivo es, sin dudas, un diálogo continuo y abierto fundado en la aceptación de nuestra diversidad cultural y el derecho a ser diferentes. Por ende, nuestras diferencias culturales y sociales no deben considerarse como elementos de desunión, sino como fuente de fortaleza y deseo de un futuro común y mejor para todos.

¿Qué significa una cultura de paz y tolerancia? En la parte dedicada al diálogo entre civilizaciones, en la Cumbre del Milenio, el Presidente Chissano trató de responder a esta pregunta, sobre la base de nuestra propia experiencia, definiendo una cultura de paz y tolerancia como:

“Un conjunto de valores, actitudes y comportamientos y modos de vida y de actuación, basados en el respeto a la vida, la dignidad y los derechos del ser humano, el rechazo de la violencia, incluidas todas las formas de terrorismo, y el compromiso con los principios de la libertad, la justicia, la solidaridad, la tolerancia y la comprensión entre todos los pueblos y todos los grupos sociales y entre las personas individuales.”

En este espíritu, Mozambique ha participado activamente en varias iniciativas encaminadas a promover el diálogo en el marco de las Naciones Unidas; la Organización de las Naciones Unidas para la Educación,

la Ciencia y la Cultura; la Organización de la Unidad Africana y la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo, así como otras organizaciones e iniciativas nacionales, como señal de su firme compromiso con la búsqueda de soluciones duraderas a los conflictos en el mundo.

Los esfuerzos encaminados a promover la comprensión entre las civilizaciones y la estabilidad y la prosperidad en el mundo no fructificarán, a menos que se encaren seriamente las causas raigales de los conflictos que siguen devastando muchas partes del mundo, en particular, África.

Mozambique tiene la convicción de que la pobreza conduce inevitablemente a una agravación de los conflictos. La pobreza, como se ha puesto de manifiesto en muchas partes del mundo, provoca la intolerancia, puesto que conduce a la percepción de que algunos sectores de la sociedad gozan de mayores ventajas que otros, que no tienen esperanza alguna. Creemos que la paz y la tolerancia seguirán siendo inalcanzables, en tanto la mayor parte de nuestras poblaciones sufran hambre. Por ello, la lucha contra la pobreza, en particular la pobreza abyecta, es un elemento esencial del diálogo fructífero entre las diferentes civilizaciones y grupos sociales.

Sobre la base de este entendimiento, en el programa de desarrollo social y económico del Gobierno se asigna la más alta prioridad al alivio de la pobreza. En el programa de acción sobre la reducción de la pobreza absoluta, que se aprobó recientemente para el período 2001-2005, la educación, la salud y el desarrollo rural se consideran como la clave para la reducción de la pobreza. Al adoptar este programa, esperamos convertir a Mozambique en un mejor lugar donde vivir.

Consideramos que la proclamación por la Asamblea General del año 2001 como el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones imprime un impulso más a la promoción del concepto de diálogo entre civilizaciones, como piedra angular para el enfrentamiento de los retos de la construcción y el mantenimiento de una paz duradera en el mundo. Este impulso es adicional a otras iniciativas, como la proclamación por la Asamblea General del año 2001 como Año Internacional de la Cultura de la Paz y del período 2001-2010 como el Decenio internacional de una cultura de paz y no violencia para los niños del mundo.

Estas iniciativas crean una oportunidad de movilizar a todos los actores internacionales y nacionales, a

fin de que trabajen de consuno para hacer realidad una cultura de no violencia, basada en los conceptos de la cultura de paz, tolerancia y diálogo. Esperamos que estos conceptos se fomenten y logren el reconocimiento merecido en las relaciones internacionales, para que la cultura de la reacción sea sustituida gradualmente por la cultura de la prevención.

**Sr. Chowdhury** (Bangladesh) (*habla en inglés*): Como el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones se acerca a su fin, es necesario examinar lo que hemos hecho y lo que debemos hacer para seguir promoviendo este concepto y su práctica. El informe del Secretario General sobre la observancia de este Año, que figura en el documento A/56/523, nos resulta útil para hacer ese examen y decidir qué rumbo seguiremos en el futuro. Les damos las gracias a él y a su representante personal, el Sr. Giandomenico Picco, por el informe y por sus esfuerzos prodigiosos.

Sr. Presidente: permítase expresar, por su intermedio, nuestro profundo y sincero agradecimiento al Presidente Mohammad Khatami por sus observaciones inspiradoras de esta mañana sobre este tema. Agradecemos a su país, la República Islámica del Irán, la enorme contribución hecha en aras de la promoción del ideal consagrado en este concepto. El propio Irán es cuna de una civilización antigua, en contacto con la cual el mundo se ha enriquecido perennemente.

También queremos dar las gracias al grupo de personas eminentes por su labor, que nos permite comprender mejor las diversas dimensiones de ese diálogo.

Vivimos en momentos turbulentos. El rápido ritmo de la mundialización lleva a los pueblos, las sociedades y las culturas a una interacción más estrecha. La información se comparte a la velocidad de la luz. El dinero, los bienes y, en menor medida, los seres humanos se mueven de forma sin precedentes. Los valores y las ideas rebasan con facilidad las divisiones geográficas. Las civilizaciones se acercan entre sí mucho más que antes.

Sin embargo, somos conscientes de que la proximidad no siempre ha fomentado el entendimiento ni la aceptación de los valores. La conciencia de las diferencias y su reconocimiento también han generado rechazo. Este proceso de rechazo tiene la triste posibilidad de hacer que la humanidad dé la espalda a siglos de logros. Tal rechazo podría dar lugar a la exclusión, la intolerancia e incluso, en ocasiones, al odio. Las ideas, los valores y las prácticas de otros no pueden

descartarse como ajenas. Como sabemos, ello podría tener consecuencias horribles.

En un mundo posterior al 11 de septiembre, debemos convertir el monólogo del dominio, en el diálogo de la aceptación. A ese fin, debemos reconocer, una vez más, los valores del diálogo entre civilizaciones. En el párrafo 20 de su informe (A/56/523), el Secretario General dijo que ese diálogo “Puede ser un instrumento flexible de diplomacia pero, a la larga, prevalecerá”. Esas, en realidad, son palabras sabias.

El diálogo entre civilizaciones debe promoverse enérgicamente, más allá de las divisiones en su expresión más lata. Obviamente, las Naciones Unidas son el foro adecuado a ese fin. El Secretario General ha destacado la importancia crítica que reviste el diálogo para la promoción de los dos objetivos principales de la Organización: la prevención y solución de los conflictos y el desarrollo económico y social.

Es preciso que mantengamos el impulso generado por el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Nos alientan las numerosas iniciativas organizadas por una diversidad de actores en el curso de este Año. Nos alienta el creciente sentimiento de optimismo que ya ha generado el Año. Ahora miramos al comienzo de un verdadero diálogo y de la materialización de logros más concretos.

Para llevar adelante esta labor, la Asamblea General tiene ante sí, para su examen, un proyecto de programa mundial. Somos uno de los patrocinadores del proyecto de resolución que figura en el documento A/56/L.3, que contiene ese proyecto de programa. En él no sólo se hace un recuento de los objetivos del diálogo, que esperamos lograr, sino que también se establece un curso de acción claro para su logro diligente. Instamos a todos a adoptarlo.

Su adopción no debe —ni puede— ser un fin en sí misma. La intención es crear un marco que permita institucionalizar el diálogo. Los Estados, las organizaciones internacionales y regionales y la sociedad civil deberán trabajar en asociación y cooperación a esos efectos. Permítaseme recalcar aquí que la participación de todos los estratos de la sociedad en el diálogo, incluidas las mujeres, los niños y los grupos vulnerables, serán fundamentales para su éxito. Vencer la exclusión y la discriminación y promover la tolerancia y la comprensión requiere la bendición de todos.

Bangladesh seguirá apoyando este noble objetivo de todas las formas posibles. Como sociedad pluralista, estamos plenamente convencidos de que el ingrediente fundamental de la democracia es la tolerancia de las diferencias. A fin de crear un mundo pacífico y armonioso, las diferencias no sólo deben reconocerse y tolerarse, sino también celebrarse, puesto que la belleza del jardín de Señor yace en su diversidad.

**Sr. Valdívieso** (Colombia): Sr. Presidente: La delegación de Colombia expresa su agradecimiento a la República Islámica de Irán por haber promovido la iniciativa del Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Agradece también al Secretario General Kofi Annan, a su representante personal, señor Giandomenico Picco y al grupo de personas eminentes, la elaboración del informe sobre este tema. También merece nuestro reconocimiento la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) por los valiosos esfuerzos realizados para promover y reforzar la idea del diálogo entre las civilizaciones, y por las contribuciones hechas en la materia.

Las Naciones Unidas nos han permitido constatar, en sus más de 50 años de existencia, que sin un diálogo día a día entre naciones de distintas civilizaciones la paz será efímera. Ha quedado demostrado que sólo a partir del respeto, la comprensión y la tolerancia mutua entre los Estados y entre las diferentes culturas se logrará construir un mundo donde prevalezcan la dignidad, los derechos humanos, la solidaridad, la esperanza y la paz.

Apoyamos la afirmación del Secretario General, según la cual las Naciones Unidas se crearon con la firme convicción de que el diálogo puede triunfar sobre la discordia; que la diversidad es una virtud universal y que los pueblos del mundo están más unidos por su destino común, que divididos por sus diferencias de identidades. Por ello, no dudamos que las nuevas amenazas contra la paz y la seguridad internacionales exigen fortalecer el sistema de Naciones Unidas y su papel fundamental en la búsqueda de un diálogo abierto y universal.

Nuestra Organización es el escenario natural para realizar un diálogo constructivo, abierto, respetuoso y productivo entre las diversas naciones y culturas. Un diálogo basado en la tolerancia, en el entendimiento mutuo y en el respeto por la diversidad; un diálogo que cultive el intelecto, que impulse el conocimiento de las distintas civilizaciones y culturas y que consolide la

amistad entre nuestros pueblos. Un diálogo que fortalezca la cooperación, la solidaridad y la paz universales, con base en el respeto al principio de igualdad de derechos y la libre determinación de los pueblos.

La coyuntura actual exige promover un diálogo a partir de valores comunes como el respeto a la vida, la defensa de la dignidad humana, la igualdad entre todos los hombres y la protección de nuestro medio ambiente. Un diálogo que sea a la vez instrumento de transformación, ejemplo de paz y tolerancia, y celebración de la diversidad y el pluralismo cultural y religioso como una de las más importantes riquezas de la humanidad.

Este reto es más urgente en el contexto de la globalización, la que ha acentuado, como nunca antes, la interdependencia entre todas las naciones del mundo. Esa interdependencia nos permite entender mejor el destino común de la humanidad y fortalecer una auténtica cultura de solidaridad. Para que el diálogo sea efectivo hay que buscar que, de un lado, se preserve la diversidad cultural y, del otro, se distribuyan más equitativamente los beneficios y costos de la globalización, favoreciendo en especial a los países en desarrollo.

El Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones nos permite reconocer y celebrar la diversidad y encontrar un nuevo sistema de relaciones basado en la inclusión. Su objetivo es fomentar un diálogo universal, en el que participen activamente los gobiernos, a quienes les corresponde alentarlos y promoverlos; las organizaciones regionales e internacionales, que deben tomar medidas y organizar eventos que lo faciliten; y las Naciones Unidas, que seguirán promoviendo y fortaleciendo la cultura del diálogo entre civilizaciones como base fundamental de sus actividades.

El resultado de este debate de alto nivel que adelantamos sobre los alcances y objetivos del diálogo entre civilizaciones debe ser un firme compromiso de todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas con esta iniciativa. Debe llevar al intercambio de opiniones y a la creación de espacios de análisis e investigación que permitan encontrar fórmulas de diálogo y concertación. Es preciso, por tanto, sumarnos a los importantes esfuerzos que viene realizando la UNESCO dentro de su estrategia de mediano plazo para fomentar el interés de las instituciones académicas, las organizaciones no gubernamentales y las instituciones internacionales.

La programación de conferencias, talleres y seminarios con la participación de la sociedad civil, los gobiernos, las Naciones Unidas y las organizaciones no gubernamentales constituye un valioso aporte en tal propósito. En este sentido, mi delegación reconoce la importancia de varias de las iniciativas realizadas en los últimos meses para promover un diálogo entre civilizaciones, como la Conferencia Internacional de Tokio y Kyoto; el Diálogo entre Civilizaciones de Salzburgo; la Declaración de Teherán, el Foro Internacional sobre la Población en el Siglo XXI de Beijing y la Conferencia de Vilnius, entre otros.

Colombia, como copatrocinador del proyecto de resolución "Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones", confía en su adopción, ya que ella es decisiva dentro del proceso de construcción de una cultura universal fundada en el diálogo y el respeto a la diversidad.

A nosotros nos corresponde la inmensa responsabilidad de sembrar la semilla del diálogo, para luego recoger la cosecha de la paz, del desarrollo, el bienestar y la vigencia de los derechos humanos. Debemos asumir el desafío de lograr una gestión de los asuntos públicos basada en la inclusión, no en la exclusión. Como afirma categóricamente el Secretario General Kofi Annan, la paz comienza en la mente de quienes perciben la diversidad como un elemento de mejoramiento y crecimiento. Debemos superar definitivamente un pasado de exclusión de la diversidad, de discordia y de intolerancia, para avanzar juntos durante este nuevo siglo hacia una cultura universal donde predominen la armonía entre nuestras naciones, el respeto por nuestras diferencias y la solidaridad.

**Sr. Duval** (Canadá) (*habla en francés*): En 1993, en ocasión de la Conferencia Mundial de Derechos Humanos celebrada en Viena, todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas reafirmaron su compromiso en favor de la promoción y la protección de todos los derechos humanos y las libertades fundamentales y reafirmaron que los derechos humanos son universales, interdependientes e indivisibles y que están relacionados entre sí. Esta visión común es la base de nuestro diálogo de hoy.

El Canadá felicita al Presidente Khatami del Irán y al Representante Personal del Secretario General, Sr. Giandomenico Picco, por sus esfuerzos para lograr la participación de los gobiernos, las organizaciones internacionales y la sociedad civil en un diálogo que

procura promover y proteger el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales y que saluda la diversidad. El libre intercambio de ideas entre todos los miembros de la sociedad nos permitirá comprender mejor nuestras culturas respectivas y nos alentará a reconocer que el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales es la base de todas las culturas.

La tolerancia, el respeto de la diversidad, la adaptación al cambio y la adaptación de éste son fundamentales para la paz y la coexistencia pacífica y próspera y el desarrollo y la estabilidad de las sociedades y los pueblos. En realidad, son parte de los cimientos de la protección física y la seguridad. Los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre nos han mostrado cómo puede amenazarse esa seguridad y protección. Frente a esa amenaza global, es preciso perseverar en nuestros esfuerzos para promover y proteger los derechos humanos y las libertades fundamentales y favorecer el diálogo y el intercambio.

Las nuevas tecnologías de las comunicaciones, las migraciones humanas, el aumento de los viajes, la liberalización del comercio y el creciente interés en otras culturas han aumentado los contactos interculturales e interpersonales, lo que ha puesto de manifiesto la riqueza de la diversidad y los retos que plantea su gestión. Para el Canadá, la aceptación de la diversidad en un marco de valores democráticos y del respeto de los derechos humanos es la fuente de la vitalidad económica y social de nuestra sociedad. Como sociedad bilingüe y multicultural, el Canadá considera la diversidad de su sociedad como una característica fundamental de su identidad y uno de sus activos más preciados. Los canadienses han comprendido que el respeto de la identidad y la aceptación, promoción y preservación de la diversidad permite tender puentes entre las personas, las comunidades y las naciones.

Alentamos la realización de actividades similares al nivel internacional, y participaremos en ellas, con la esperanza de alentar una mayor comprensión entre los pueblos. Por ejemplo, el Canadá ha apoyado vigorosamente la iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, que recientemente trajo como resultado la aprobación unánime de la Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural.

(*habla en inglés*)

El Canadá también procura asegurar que las medidas encaminadas a fomentar el respeto de la diversidad

cultural no creen barreras a la participación plena de todos en la vida civil, económica, cultural, social y política ni en el goce de la seguridad humana. De lo contrario, serían contraproducentes.

Para que el diálogo contribuya a la comprensión entre pueblos de antecedentes y culturas diferentes sus participantes deben ser diversos. El éxito del diálogo depende de la participación plena y efectiva de las mujeres y las niñas. Sus experiencias y perspectivas son parte esencial de cualquier diálogo significativo. En el período extraordinario de sesiones de la Asamblea General Beijing + 5, celebrado en junio de 2000, los Estados Miembros reafirmaron su compromiso de promover la participación y emancipación plenas de la mujer. En el Canadá, también hemos tomado en cuenta la vitalidad y creatividad de los niños y los jóvenes en la promoción de la comprensión y la tolerancia entre las culturas. La contribución de los pueblos autóctonos del Canadá a los cimientos de nuestro país es de importancia esencial.

Para que un diálogo sea significativo debe realizarse en un clima de igualdad y apertura. Un diálogo verdadero sólo es posible cuando las libertades de expresión y asociación y las libertades de pensamiento, conciencia y credo se respetan. Para que sea sostenible y significativo, el diálogo debe tratar de fomentar herramientas efectivas para promover y proteger los derechos humanos. Debemos crear mecanismos que aseguren que la diversidad sea un medio para mejorar la seguridad y la participación, un medio para fortalecer la expresión cultural, crear prosperidad y lograr que todas las naciones se beneficien de las oportunidades que brinda el entorno mundial.

La educación es una herramienta clave en la lucha para erradicar el racismo y otras formas de discriminación e intolerancia. Reconociendo que los sistemas de educación crean actitudes y moldean conductas, debemos asegurar que en las actividades educativas y los programas de nuestras escuelas se incorporen las contribuciones de personas de diferentes orígenes. Es menester adoptar medidas que aseguren que no reforzemos los estereotipos negativos ni promovamos la intolerancia entre nuestros jóvenes.

Otra herramienta fundamental es la puesta en práctica de iniciativas de sensibilización pública para promover el respeto de la diversidad a los niveles nacional, regional e internacional. Coincidimos de todo corazón con el Secretario General cuando dice que la

diversidad cultural y religiosa es fuente de fuerza y que el diálogo es posible si aceptamos que vivimos en un mundo diverso y que compartimos los mismos valores de tolerancia, libertad y respeto por los derechos humanos universales. Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas debemos volver a comprometernos con el diálogo abierto y significativo para asegurar la tolerancia y el respeto de la diversidad. Debemos ser conscientes de los valores que compartimos en materia de derechos humanos y libertades fundamentales.

Estamos comprometidos con la promoción y protección de los derechos humanos y las libertades fundamentales y con su aplicación universal. Estos son compromisos que nosotros, como Estados, hemos asumido los unos con los otros y con respecto a nuestros ciudadanos, a fin de lograr un mundo seguro y pacífico rico en diversidad y respeto.

**Sr. Wenaweser (Liechtenstein) (habla en inglés):** Algunos comentaristas han interpretado los acontecimientos del 11 de septiembre y posteriores a esa fecha como un choque de civilizaciones. Quienes habían pronosticado que el advenimiento de ese choque era inevitable parecían casi complacidos de ver que su “visión” se ha convertido en realidad. Creemos que se equivocan. El terrorismo no es expresión de ninguna civilización en particular ni se limita a una civilización determinada. Más bien, es un flagelo que existe en todo el mundo y, de hecho, constituye la negación y la destrucción de todas las civilizaciones.

Abogar por la idea del choque de civilizaciones como vía de entender los peores ataques terroristas de la historia de la humanidad es peligroso. Sin embargo, sería igualmente peligroso negar que, después del 11 de septiembre, el riesgo de ese choque está más presente que nunca antes. A menos que podamos unir fuerzas en el espíritu de entendimiento y respeto mutuos, podríamos muy bien abocarnos a ese choque. Este es el reto que hoy enfrentan las Naciones Unidas y es por ello que la iniciativa presentada por el Presidente Khatami abre una oportunidad tan importante.

Las Naciones Unidas —“Nosotros los pueblos”, como se expresa tan adecuadamente en la Carta— son, sin lugar a dudas, el foro natural para la celebración de ese diálogo, que es parte esencial de nuestra respuesta no sólo al terrorismo, sino también a la intolerancia, el racismo y la exclusión social. El Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones llegará a su fin en breve, pero, sin lugar a dudas, su objetivo fue

galvanizar un proceso continuo, a cuyo éxito todos tenemos la oportunidad singular de contribuir. Nuestra primera contribución debe ser la creación de los requisitos previos para ese diálogo.

Sólo puede haber diálogo dentro de las civilizaciones y entre éstas, si se da voz a los pueblos. El diálogo debe ser plenamente incluyente y participativo; no debe celebrarse entre gobiernos, sino entre pueblos. Como gobiernos, tenemos la obligación de crear las condiciones en las que pueda celebrarse el diálogo. La libertad de expresión y los foros y medios por los cuales se pueda celebrar el diálogo, son requisitos previos para su celebración. El acceso a la información, a los medios de difusión y a la tecnología de la información es crucial. Los avances recientes en la tecnología de la información y las comunicaciones nos proporcionan oportunidades sin precedentes de ponernos en contacto con otros pueblos del mundo —pero, lógicamente, sólo con aquellos que tienen a estas tecnologías. Por ello, zanjar la brecha digital debe ser parte de nuestros esfuerzos para iniciar un diálogo. Además, dar voz a quienes tienen algo de decir, sólo es posible si a esas personas se les ha dado educación, que el requisito previo esencial, y en ocasiones aún sin materializar, para un diálogo continuo y sostenido. Por último, las Naciones Unidas y todos nosotros tenemos el desafío de ser modelo de nuestra prédica y llevar a la práctica el concepto de diálogo entre civilizaciones y naciones. Tenemos la tendencia a dar por sentada la oportunidad de celebrar dicho diálogo cotidianamente, cuando de hecho, este es un inmenso privilegio. Debemos preguntarnos si siempre hacemos un uso óptimo de él.

El diálogo que tratamos de establecer no sólo requiere la voluntad de celebrarlo, sino también la adopción de medidas muy concretas en las esferas que acabo de mencionar. Celebrar un diálogo genuino, basado en la posibilidad de hablar y escuchar, dar y recibir, requiere más: curiosidad, apertura y voluntad de aprender y de compartir. Coincidimos con quienes dicen que la diversidad es una oportunidad, no una amenaza. Sin embargo, todos sabemos que a menudo se percibe como una amenaza. La diversidad plantea un reto ya que nos obliga a mirarnos a nosotros mismos. Percatarnos de que las cosas pueden hacerse de forma diferente a la que estamos acostumbrados puede llevarnos a cuestionar nuestras costumbres. Esto plantea una gran oportunidad, pero también puede crear desazón, porque trastorna el nivel de comodidad inherente a la preservación del *statu quo* y de la inercia. Por ello, debemos

fomentar y difundir el entendimiento de que la diversidad no es expresión de inferioridad ni de superioridad. Si ese entendimiento fuese el único resultado del proceso del diálogo entre civilizaciones, lo consideraríamos como un gran logro en sí.

Una civilización no es estática, no es un producto final de un proceso histórico. Por el contrario, una civilización debe evolucionar, adaptarse y cambiar constantemente. Estas son las acciones mismas que aseguran su desarrollo y supervivencia a la larga. Si miramos a la civilización de la que somos parte —la civilización occidental— es evidente que sus elementos constitutivos no son idénticos a los de hace algunos siglos.

En una era de mundialización, este hecho asume significación particular. El proceso de intercambio intercultural en el mundo se lleva a cabo, en gran medida, sin trabas y, lo que es más importante aún, a una velocidad sin precedentes. Existe una preocupación comprensible en el sentido de que la mundialización pueda llevar, no sólo a una división mayor y más profunda entre los ricos y los pobres, sino también al predominio de una civilización sobre las otras. La mundialización sólo funcionará si funciona para todos. Un diálogo entre civilizaciones debe contribuir a configurar las fuerzas de la mundialización de una forma culturalmente sólida y sostenible que preserve la riqueza de la diversidad.

Se ha asignado a las Naciones Unidas la función natural de dirigir este proceso. Sin embargo, el diálogo puede y debe ser promovido por otros órganos. Señalamos a la atención de la Asamblea, en particular, la labor del Consejo de Europa, cuyo Comité de Ministros Liechtenstein tuvo el honor de presidir hasta hace pocos días. En su período de sesiones más reciente, los Ministros expresaron su decisión de promover un amplio diálogo intercultural e interreligioso, en particular para enfrentar las múltiples amenazas que plantea el terrorismo. Esta decisión es parte de su compromiso más amplio de promover democracias más fuertes que se basen en la diversidad y la justicia social. Merced a su experiencia de larga data e intensiva en la esfera del intercambio cultural, el Consejo de Europa está en condiciones idóneas para hacer una contribución significativa al diálogo entre civilizaciones y señalamos su encomiable labor a la atención de la Asamblea.

**Sr. Al-Shamsi** (Emiratos Árabes Unidos) (*habla en árabe*): Para comenzar, quisiera expresar nuestro agradecimiento al Secretario General Kofi Annan por

su informe, que contiene información valiosa que fortalecerá nuestro debate en el marco de este tema.

También quiero aprovechar esta oportunidad para expresar nuestro agradecimiento al Sr. Giandomenico Picco, Representante Personal del Secretario General para el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones y al director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, por los grandes esfuerzos realizados.

El año 2001 es el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones y los Jefes de Estado y de Gobierno convinieron en la Asamblea del Milenio, celebrada el año pasado, en una serie de obligaciones para promover una cultura de paz y diálogo entre civilizaciones y desplegar todos los esfuerzos posibles a fin de solucionar los desacuerdos y vencer los conflictos y obstáculos que dividen a las naciones y los pueblos. Teniendo esto en cuenta, nos sorprende ver que los enemigos del diálogo se apresuraran a echar por tierra la idea de la celebración de este encuentro humano constructivo mediante el aumento del terrorismo organizado contra pueblos inocentes. Ese terrorismo se expresó en los ataques del 11 de septiembre. También se expresa en el terrorismo de Estado que se basa en la ocupación, la discriminación racial y el extremismo religioso y étnico, que sólo conduce a la ruina y la destrucción, como lo presencia a diario el pueblo palestino en los territorios ocupados por Israel.

Las repercusiones de este tipo de terrorismo, además de la presencia sostenida de los focos de enfrentamientos, los conflictos armados, la ocupación, los actos de violencia, la carrera de armamentos entre los Estados, el surgimiento de violaciones graves de los derechos humanos, la diseminación del flagelo del crimen organizado transfronterizo, las drogas y las armas prohibidas han dado al tema del diálogo entre civilizaciones una importancia urgente. Este diálogo, junto con los esfuerzos políticos y diplomáticos y otras vías de cooperación internacional, es una de las mejores formas de difundir los principios humanitarios del perdón, la solidaridad y la cooperación, opuestos a todas las formas de extremismo, discriminación y odio, que generalmente constituyen la fuente principal de las repercusiones peligrosas de todos estos retos.

También afirmamos que los actos de terrorismo, las prácticas de depuración étnica y otras violaciones graves de los derechos humanos, que se han venido observando en muchas partes del mundo en los últimos

años, han demostrado que sus culpables no pertenecen a una nacionalidad, religión o raza en particular, sino que tienen diferentes orígenes y antecedentes políticos, religiosos y étnicos. Por ello, nos preocupan grandemente las sostenidas campañas prejuiciadas de discriminación, odio y distorsión que llevan a cabo muchos medios de difusión y otras organizaciones sionistas y occidentales para vincular a los árabes y musulmanes al terrorismo, en particular en momentos en que estas campañas constituyen la fuente principal de fomento del odio y la discriminación entre los pueblos y el enfrentamiento entre las civilizaciones. Por consiguiente, instamos enérgicamente a los Estados occidentales, como parte de este diálogo y como primer paso, a que reexaminen sus políticas prejuiciadas con respecto a los temas y los conflictos relacionados con los Estados árabes y musulmanes a fin de que se adopten las medidas necesarias para enfrentar todas las prácticas hostiles, provocadoras y discriminatorias que se aplican a diario contra los pueblos de estos Estados.

Lamentablemente, los beneficios brindados en el último decenio por la mundialización, la moderna tecnología de las comunicaciones y la Internet, para establecer vínculos sociales y económicos han contribuido al surgimiento de la denominada cultura “generalizada” entre las generaciones más jóvenes y los graduados universitarios, que han llegado a preferir asociarse a las herramientas y los idiomas de los Estados desarrollados, que no muestran la diversidad cultural de otros pueblos y civilizaciones, en particular de los países en desarrollo. Por ello, creemos en la importancia de una interacción continuada entre lo local y lo internacional. Al mismo tiempo, afirmamos la importancia de asegurar que las ideologías de los Estados desarrollados no controlen las herramientas de la mundialización moderna. Estas herramientas deberían enriquecerse con la diversidad y el multiculturalismo singular de los diferentes pueblos, con independencia de sus orígenes y antecedentes. También consideramos que un diálogo entre civilizaciones en este marco debería fundarse en el respeto de la dignidad humana y los principios de justicia, transparencia e igualdad entre los pueblos, sin la discriminación ni los dobles raseros que muchos Estados poderosos siguen aplicando con relación a los temas e intereses de los Estados en desarrollo y sus pueblos.

Abordar el tema del diálogo entre civilizaciones nos lleva a estudiar y a comprender las bases históricas y los componentes del legado, la cultura y la ciencia

que han moldeado esas civilizaciones. Además, es bien conocido que la zona de la nación árabe, a la que pertenecen los Emiratos, fue cuna de antiguas civilizaciones y religiones, la más reciente de las cuales fue el Islam, que se diseminó como religión, filosofía e ideología tolerante, no sólo de los pueblos de la región, sino también de muchas partes del mundo.

Los Emiratos Árabes Unidos están comprometidos con la adopción de varias legislaciones y programas educativos en que se refuerzan los valores humanos y éticos y el principio del respeto de las tradiciones y las creencias de otros pueblos, sobre la base de las tradiciones árabe originales, derivadas de los principios del Santo Corán y la cultura islámica, en que se llama a demostrar el perdón, la igualdad, la solidaridad y el respeto por la diversidad cultural de los pueblos. Los Emiratos Árabes Unidos también han asegurado la libertad de las minorías extranjeras que residen en el país, a fin de que practiquen sus rituales religiosos y sus actividades culturales y sociales. A lo largo del año, han exhortado a celebrar foros y simposios culturales y a atraer a intelectuales, periodistas, exhibiciones y grupos de música folklórica para enriquecer el conocimiento y la apertura de la sociedad de los Emiratos a los diversos conceptos e ideas de otras civilizaciones, tomando en cuenta su adhesión a su legado singular, sus ancestros y su entorno.

Al nivel internacional, los Emiratos Árabes Unidos han trabajado activamente en la celebración de numerosos acuerdos, memorandos de entendimiento e intercambios culturales, informativos y educativos a los niveles bilateral, regional e internacional, además de participar en conferencias y foros intelectuales, artísticos y filosóficos en el mundo entero. Esto ha permitido su enriquecimiento e interacción y cooperación con las civilizaciones y los conceptos de otros pueblos.

Para concluir, apoyamos las sugerencias encaminadas a ampliar los programas y mecanismos de un diálogo exhaustivo, basado en los conceptos de la comprensión y el entendimiento de los problemas, las preocupaciones y los objetivos de otros pueblos, sin negarles sus derechos nacionales, esclavizarlos ni ingerir en sus asuntos internos. Esperamos que nuestros esfuerzos, en el marco de este tema, constituyan un paso positivo en pro del fortalecimiento del ejemplo del diálogo entre civilizaciones, como nuevo enfoque y herramienta en el carácter de las relaciones internacionales. Esa herramienta contribuirá a erradicar la división y enriquecerá la diversidad, aumentará la comprensión

y la convergencia de opiniones y apoyará el entendimiento, la cooperación y la apertura de los Estados y los pueblos para inspirar los esfuerzos conjuntos que refuercen el desarrollo sostenible y promuevan la paz y la seguridad y difundan la armonía y la coexistencia pacífica, libre de todo tipo de miedo, injusticia, privación, violencia, odio y pobreza y de las consecuencias peligrosas de las guerras destructivas.

**Sr. Shrestha** (Nepal) (*habla en inglés*): Es un enorme placer tener esta oportunidad de expresar mi opinión ante esta Asamblea de representantes de los Estados Miembros de las Naciones Unidas. Al agradecer al Presidente la oportunidad que me concede de formular esta declaración, también deseo expresar mi sincero agradecimiento al Secretario General por su informe sobre el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Es alentador conocer que, en cumplimiento de la resolución 53/22, de la Asamblea General de 4 de noviembre de 1998, por la que se proclama 2001 como Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, por iniciativa de la Asamblea General se han realizado diversos programas de acción, con el apoyo y la cooperación activos de los gobiernos y las organizaciones no gubernamentales pertinentes.

Nada podría ser más importante que reunir a los representantes de los diferentes gobiernos, grupos y credos en un foro común para debatir este tema de interés para la humanidad, a fin de contrarrestar a las fuerzas destructivas, que tienen una gran propensión a amenazar las perspectivas de paz en la sociedad y el mundo en general.

La elección de 2001 como el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones es sumamente apropiada en esta coyuntura en la que el mundo, abrumado por las oscuras sombras de las tensiones que amenazan con estallar, necesita desesperadamente una guía para la paz.

Como nación comprometida con los principios de la democracia y los derechos humanos, Nepal siempre se complace en ver que las Naciones Unidas trabajan en defensa de la causa de la humanidad. Percibidas como la última esperanza de la humanidad, las Naciones Unidas a menudo han demostrado su eficacia en lo que respecta a evitar que el mundo quede atrapado en el torbellino del enfrentamiento.

Los catastróficos ataques terroristas perpetrados contra los Estados Unidos el 11 de septiembre han

hecho que las Naciones Unidas vuelvan a ser centro de la atención y fuente de seguridad de los pueblos. La muerte de miles de seres humanos inocentes de un gran número de países, por no mencionar las pérdidas financieras que han afectado negativamente la economía mundial, ha calado en la conciencia del mundo civilizado. Nepal, que tiene plena fe en la Carta de las Naciones Unidas, decidió de inmediato adherirse a todas las decisiones adoptadas en esta Organización mundial para combatir la amenaza del terrorismo en el mundo.

Es preciso desplegar un esfuerzo internacional sostenido, continuo y coordinado hasta que la amenaza del terrorismo, cualquiera que sea su origen, sea erradicada. El terrorismo es la antítesis de la paz, que es el bien máspreciado del mundo de hoy. El reclamo de paz es universal, pero, lamentablemente, no todos están preparados por igual para trabajar en la creación de una atmósfera en la que reine la paz y sea posible la prosperidad para la especie humana. Esta brecha debe zanjarse mediante el diálogo entre las naciones y las comunidades civilizadas. Nada es máspreciado que la oportunidad de celebrar un encuentro de las mentes que procuran crear un mundo mejor donde vivir.

La serie de conferencias celebradas en varias partes del mundo —bajo los auspicios de las Naciones Unidas y con la cooperación activa de uno de sus organismos fundamentales, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)— en la que han participado numerosos países, ha hecho una labor loable al reunir a diferentes civilizaciones con miras a generar ideas respecto de un objetivo común, en bien de la humanidad. Estas encomiables actividades deberían ser lo más amplias y abarcadoras posible, para dar cabida a las principales civilizaciones del mundo. En consonancia con el espíritu de las Naciones Unidas, todos estos esfuerzos deberían encausarse a la inclusión de toda la humanidad, que vive en condiciones culturales diversas.

Permítaseme decir que la Constitución del Reino de Nepal, promulgada en 1991, es resultado del diálogo entre las principales fuerzas políticas del país. Es la creación de consenso nacional. Ha proporcionado un amplio marco en el que pueblos de diferentes razas, castas, credos y etnias pueden vivir en armonía y respeto mutuo. El diálogo es el mecanismo de la democracia que se emplea para eliminar de la mente humana las falsas ideas, las dudas y las distorsiones. Sin embargo, es de lamentar que el sistema de gobierno democrático de Nepal haya sido testigo, en los últimos 70 meses, de

algunos actos de insurgencia. Los insurgentes, quienes prefieren el calificativo de maoístas, aunque están concentrados en algunas zonas montañosas remotas del país, hacen notar su influencia donde y cuando pueden.

Sus actos de violencia, aunque aislados y esporádicos, han provocado la muerte de más de 1.700 personas, incluidos personal de la policía, rebeldes y civiles inocentes. Para evitar más pérdidas de vidas, así como para acelerar el ritmo del desarrollo —que el pueblo necesita desesperadamente—, el Gobierno del Reino de Nepal, en lugar de recurrir en primera instancia al uso de la fuerza, ha pedido el diálogo a fin de encontrar una fórmula mutuamente aceptable para la buena gestión del país, que no ponga en peligro la esencia de la Constitución. Las rondas de conversaciones entre los representantes del Gobierno y los maoístas insurgentes aún continúan.

Estamos plenamente convencidos de que, cualesquiera que sean las circunstancias, el terrorismo no puede justificarse. Merece condena y censura absolutas. No obstante, consideramos que el terrorismo puede aprovechar fácilmente las frustraciones de quienes están destinados a vivir en condiciones de privaciones sociales y económicas. Necesitamos un orden socioeconómico reestructurado que prometa colocar a la civilización humana en la perspectiva adecuada. Para alcanzar este objetivo, un Gobierno debe servir de catalizador, guardián, facilitador o reglamentador, en dependencia de las circunstancias que prevalezcan en una sociedad determinada.

Conscientes de ello, en los últimos tiempos el Gobierno de Nepal ha adoptado medidas socioeconómicas drásticas para colocar a nuestras comunidades, social y económicamente atrasadas, en el centro de su atención con miras a mejorar rápidamente su calidad de vida. El proceso de diálogo siempre puede facilitarse mediante la creación de un entorno en el cual la justicia social, económica y política sea palpable.

Todas las religiones y los credos principales, colocados en su perspectiva adecuada, tienen como objetivo común promover la causa de la humanidad, en el espíritu desinteresado del servicio al prójimo. Son las distorsiones, la obstinación y la intransigencia ocasionales de los autoproclamados herederos de los profetas, predicadores, visionarios y santos, las que han originado los conflictos y los choques entre los fieles a las diferentes religiones.

El enfrentamiento conduce a un mayor enfrentamiento. Lo que se necesita es un proceso de diálogo que abra las puertas para que los pueblos entiendan los puntos de vista de los demás y también para que los demás comprendan nuestros puntos de vista. Después de todo, la civilización no es más que la asimilación de los esfuerzos colectivos de los seres humanos para alcanzar una vida mejor.

**Sr. Kára** (República Checa) (*habla en inglés*): Aunque podemos continuar esclareciendo el concepto de diálogo entre civilizaciones y optar por hablar de sólo una civilización, que abarca a toda la maravillosa diversidad humana, no cabe duda de la importancia y la pertinencia de nuestro debate actual. En realidad, el diálogo entre los representantes de varias culturas, grupos étnicos, religiones o modelos sociales en nuestro mundo mundializado, interconectado e interdependiente parece ganar importancia con cada nuevo reto que encaramos.

Por consiguiente, mi delegación desea expresar su profundo agradecimiento a la República Islámica del Irán y a todos los que ayudaron a iniciar este proceso, así como al Secretario General y su Representante Personal, Sr. Giandomenico Picco, por sus valiosas contribuciones que han traído como resultado, entre otras cosas, el esclarecedor libro *Crossing the Divide: Dialogue Among Civilizations*, recientemente publicado. Asimismo, damos las gracias, en especial, a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

En los dos últimos días, algunos oradores han hecho una contraposición entre diálogo y terrorismo, destacando que no existen líneas divisorias entre las culturas y las religiones sino entre lo "civilizado" y lo "bárbaro". Mi delegación apoya plenamente ese punto de vista. Al igual que otros, también estamos convencidos de que, al recalcar en los valores comunes, el diálogo puede ayudar a prevenir los conflictos y los problemas de este mundo.

Como la República Checa hizo suya la declaración formulada esta mañana por el representante de Bélgica en nombre de la Unión Europea, permítaseme limitarme sólo a algunas observaciones con relación a la contribución concreta de mi país al diálogo. Me refiero a la serie de conferencias del Foro 2000, que se ha venido organizando anualmente desde 1997 en Praga, bajo los auspicios del Sr. Václav Havel, Presidente de la República Checa. En estos foros se reúnen eminentes

personalidades con antecedentes culturales, religiosos y étnicos diferentes, a fin de intercambiar opiniones, compartir valores y buscar soluciones prácticas y visionarias a los problemas del mundo contemporáneo. El resultado de la más reciente de estas conferencias, la Declaración de Praga de 17 de octubre de 2001, se ha puesto a disposición de todas las delegaciones en el documento A/56/498. Estoy seguro que un conjunto de esferas y actividades cubiertas por la Declaración y el proceso del Foro 2000 están en perfecta armonía con los elementos respectivos de Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones y su Programa de Acción. Por ello, apoyamos plenamente y coauspiciamos los respectivos proyectos de resolución que estamos a punto de aprobar.

Resulta muy estimulante observar la lista creciente de actividades que se realizan a los niveles mundial, regional, nacional y local, en el marco del tema que figura en el programa de hoy. Esperemos que en el Programa Mundial se establezcan bases sólidas para proseguir y fortalecer el diálogo.

**Sra. Alhashimi** (Iraq) (*habla en árabe*): Hoy la Asamblea General debate un tema que puede proporcionar un destello de esperanza en medio de un mundo que experimenta un estado de terror indescriptible, causado por las guerras, las bombas, los misiles inteligentes, los cuerpos lacerados de los niños y las imágenes de las mujeres, los ancianos y los niños desplazados, que han logrado escapar a los cohetes lanzados. El frío, el hambre y la muerte les aguardan a cada momento, en un mundo donde la mayoría de las personas padecen bajo los rigores de la guerra, la marginación, el atraso, las sanciones, la pobreza y la desigualdad. Por ello, aunque debatir el tema del diálogo entre civilizaciones parezca contradecir la realidad de hoy, este tema es terreno fértil para los intentos filantrópicos de evitar a la especie humana el espectro del dolor y el sufrimiento y frenar el peligro de la hegemonía, la dominación, el control de los destinos de los pueblos del mundo y la imposición a éstos de un patrón de vida determinado.

La firme convicción del Iraq sobre la diversidad cultural y la inevitabilidad del diálogo entre civilizaciones es una extensión natural de nuestro antiguo legado civilizador, cuyas raíces se remontan a más de 5.000 años atrás. Este legado se encarna en la civilización de Mesopotamia, que prohió a las civilizaciones babilonia, sumeria, asiria, acadia, árabe e islámica y fue el centro de la ilustración cultural internacional.

La civilización humana es la misma en todas partes y en cualquier tiempo. Es la verdadera expresión de la particularidad humana. No hay civilización superior ni inferior. Cada civilización tiene sus propios componentes y particularidades. Por ello, la interacción entre civilizaciones contribuye a su enriquecimiento mutuo y a tender puentes comunes para la prosperidad humana.

El logro de un diálogo efectivo y serio entre civilizaciones debe basarse en algunos principios esenciales. El primero, es el respeto de los derechos humanos fundamentales, con la debida atención a la diversidad cultural, sobre la base del respeto por los valores humanos y la igualdad entre los pueblos, así como la aceptación de esa diversidad como característica inherente a la sociedad humana. Este diálogo debería fundarse en la tolerancia; el respeto de los valores religiosos de los pueblos; la renuncia a la discriminación de otras civilizaciones; el respeto de las decisiones de los pueblos al elegir sus sistemas sociales, políticos, económicos y culturales; el establecimiento de un orden económico internacional democrático —que no debería ser coto privado de una potencia para controlar los destinos del mundo y servir a sus intereses nacionales—; un orden basado en la justicia, en los preceptos del derecho internacional y en la Carta de las Naciones Unidas.

Ese diálogo no debería estar marcado por los conceptos de la fuerza ni de la amenaza de uso de la fuerza. En su mensaje de 29 de octubre de 2001, dirigido a los pueblos y los Gobiernos de Occidente, el Presidente Saddam Hussein dijo que el mundo necesita justicia e igualdad, no el uso de la fuerza basado en la capacidad y la oportunidad.

La lección más importante que debemos aprender es la de la palabra de Dios. Si tenemos opiniones divergentes en cuanto al entendimiento de la palabra de Dios, nuestros gustos no deberían llevarnos a rechazar ni a coartar los gustos de otros. Lo que no queremos para nosotros, lo que rechazamos, no debería llevarnos a aplicar dobles raseros a los demás.

Todos deberíamos darnos cuenta de que una persona rica no puede llevar una vida segura en medio de una sociedad hambrienta. Su infortunio será peor si explota a los hambrientos y aumenta su riqueza a costa de ellos.

En el informe del Secretario General se hace referencia a las numerosas actividades que se realizan en el

marco de las Naciones Unidas en apoyo al concepto del diálogo entre civilizaciones. Sin embargo, hoy más que nunca, el mundo necesita que las Naciones Unidas y sus instituciones redoblen sus esfuerzos para estimular el diálogo y enfrentar las tendencias en ciernes que buscan clasificar a las civilizaciones y las religiones de una manera que impide todo diálogo humano o entre civilizaciones y promueve el conflicto entre éstas.

Esperamos que llegue el día en que las Naciones Unidas, como foro principal de expresión de los conceptos del mundo civilizado, pueda hacer de esta diversidad cultural la base de la interacción para alcanzar el enriquecimiento mutuo de todas las civilizaciones humanas.

En el curso de los años, las civilizaciones árabe e islámica han sido fieles exponentes del concepto de diálogo entre civilizaciones. Dados los enormes desafíos que tenemos por delante, hoy las naciones árabes e islámicas están preparadas para continuar su misión histórica de llevar adelante la interacción con otras civilizaciones en un ambiente de respeto por la diversidad cultural de todos los pueblos, la convicción en el carácter inevitable de los intercambios culturales y el rechazo de los conceptos de arrogancia, orgullo, agresión y ocupación extranjera.

**Sr. Alcalay** (Venezuela): Ante todo, permítaseme expresar nuestros sentimientos de gratitud hacia la República Islámica del Irán por haber comenzado esta iniciativa de promover y discutir el diálogo entre civilizaciones en un ámbito tan apropiado para ello como lo son las Naciones Unidas.

Quisiera también agradecer al Secretario General Kofi Annan, y a su Representante Personal, Sr. Giandomenico Picco, sus esfuerzos por promover este tema y colocarlo entre los asuntos prioritarios del programa de la Organización.

La celebración Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones demuestra que éste es un tema que nos pertenece a todos y en el cual debemos participar activamente. Hoy, cuando el concepto mismo de diálogo se ve amenazado por acciones injustificables y motivaciones incomprensibles a la racionalidad humana, cobra más sentido que nunca el papel de las Naciones Unidas en propiciar el entendimiento entre diversas formas de ver la vida. Afortunadamente, así ha sido reconocido, al adjudicarse el Premio Nobel de la Paz al Secretario General y a esta Organización. Sin lugar a dudas, el entendimiento entre las naciones

es —y no puede ser otro que no sea— la paz con inicial mayúscula.

El Secretario General Kofi Annan ha sido promotor de esta visión al afirmar, en el párrafo 15 de su informe A/56/523, que:

“... las Naciones Unidas siguen siendo el hogar natural del diálogo entre civilizaciones; el foro donde ese diálogo puede florecer y fructificar en todas las esferas del empeño humano. Sin ese diálogo cotidiano entre todas las naciones —dentro de las civilizaciones, culturas y grupos, y entre todos ellos— ninguna paz podrá ser duradera y ninguna prosperidad estar segura.”

Más allá de nuestras diferencias lingüísticas, étnicas, religiosas o culturales, la esencia misma del ser humano, el valor inherente de la humanidad en su conjunto, sigue siendo el hilo conductor y el denominador común que nos caracteriza y diferencia de otras entidades vivas. Es justamente esa esencia, aunada al deseo de paz y armonía entre distintas naciones, lo que inspiró la creación de esta Organización y constituye el punto de partida para el diálogo entre civilizaciones.

Hace más de 500 años el encuentro de dos mundos cambió el curso de la historia. Ese hecho marcó la identidad de lo que hoy es la América Latina, la cual se ha caracterizado por su rica diversidad, diversidad que le adjudica una personalidad histórica particular. En ella se superponen mestizajes diversos, y a veces difíciles en su realización efectiva. En efecto, los procesos de mestizaje, lejos de ser estáticos, demuestran hoy una dinámica que, por ser sorprendente, no deja de ser frágil.

Atendiendo la decisión de las Naciones Unidas de considerar el año 2001 como el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones y sobre la base del interés de nuestro Presidente, Sr. Hugo Chávez Frías, en este tema, desde el principio de este año el Gobierno de Venezuela ha tomado la iniciativa de promover actividades y encuentros, tanto nacionales como regionales, que se inscriben en la idea del diálogo entre las civilizaciones.

Entre otras actividades programadas, está prevista la celebración de un gran encuentro latinoamericano y del Caribe, que tendrá lugar en Caracas, del 13 al 16 de noviembre próximos. El propósito de este encuentro —al que llevaremos, por supuesto, las conclusiones a que se llegue en este foro— es promover distintos foros de reflexión permanente a lo largo de la región para

suscitar el debate y el estudio de los cambios que nos afectan al nivel cultural, al igual que se ha hecho en otras regiones del mundo dentro de la dinámica que se ha inscrito para la realización de este diálogo de civilizaciones.

Se trata de reivindicar la diversidad cultural, como aporte constructivo a la solución de los grandes retos contemporáneos, así como frente a los riesgos de homogeneización que encierra la globalización. El encuentro de Caracas también será ocasión para testimoniar el interés de la región latinoamericana y caribeña por contribuir, de una manera proactiva, al diálogo que, a escala mundial, aquí, en este foro, se realiza y que reitera la necesidad de coadyuvar con nuestros esfuerzos a la paz y la cooperación internacionales.

El fenómeno de la globalización trae consigo un incremento en las relaciones internacionales y una mayor interacción entre diferentes culturas, lo que puede ofrecer grandes beneficios. Este es un proceso que no sólo se circunscribe a las esferas económica, financiera y tecnológica, sino que, cada vez más, está adquiriendo una dimensión cultural marcada. Ello plantea un enorme reto para todos nosotros: la preservación y el respeto de la rica diversidad intelectual y cultural de nuestros pueblos.

Esta es una de las condiciones que tenemos que lograr para establecer el equilibrio necesario y poder hacer frente a este reto, para lo cual la globalización misma resulta un instrumento de gran utilidad. Tal y como lo indica el Programa Mundial para el Diálogo entre Civilizaciones, la tecnología de la información debe ser utilizada para la promoción del mensaje de diálogo y entendimiento a través del mundo entero y para exponer y difundir ejemplos históricos de interacción constructiva entre diferentes civilizaciones. Por lo demás, la actual coyuntura que en este momento vive el mundo no ha hecho sino confirmar aún más la relevancia de promover y de activar este diálogo.

Haciendo uso de las palabras pronunciadas por el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, Señor Luis Alfonso Dávila, en ocasión de las actividades relacionadas con el Año Internacional que estamos llevando a cabo en este centro y también en Caracas — porque en el contexto de la reunión preparatoria que se está realizando para el evento regional, hay un evento nacional que se realiza hoy— “el Diálogo entre Civilizaciones debe convertirse en un esquema mental que acepte la diversidad”. Esta es la clave de la acción, el aceptarnos diversos y, en la diversidad, reiterar la

proyección de nuestra unidad. Tal diversidad debe ser percibida como la oportunidad para conocer lo nuevo y lo distinto, sin que ello se presente y se perciba como un reto amenazante a nuestros propios valores, a nuestra propia especificidad.

El Diálogo entre Civilizaciones debe estar basado en esa convicción de que el espíritu humano es capaz de trascender los obstáculos inspirados por el desconocimiento y los prejuicios. Representa, en suma y por último, el derecho inmanente del ser humano, de la persona humana, a ser diferente de los demás y a poder convivir en paz con sus semejantes, que es el mejor diálogo humanitario que podemos reafirmar en esta tribuna.

**Sr. Hasmy** (Malasia) (*habla en inglés*): Mi delegación acoge con beneplácito este importante debate sobre el tema del diálogo entre civilizaciones. Agradecemos el informe del Secretario General que, aunque breve, es lúcido y se centra en la presentación del tema. A este respecto, reconocemos el papel y la contribución del Representante Personal del Secretario General, Sr. Picco, y del Grupo de Personalidades.

La convocatoria de este debate resulta sumamente oportuna después de los atentados terroristas del 11 de septiembre contra los Estados Unidos y de que se haya asociado al terrorismo con un grupo de personas o con una religión en algunos círculos. Esto resulta muy lamentable, y por ello agradecemos profundamente al Presidente Bush y a otros dirigentes occidentales que rechazaran de manera categórica la identificación del Islam y de los musulmanes con el terrorismo. El Islam aboga por la paz y busca la paz a través de una interacción y un diálogo civilizados entre todos los pueblos y naciones. Esto resulta evidente en las palabras de bienvenida o saludo iniciales y finales de los musulmanes, "Assalamu alaikum" o "La paz sea contigo". Es evidente que los horrendos actos perpetrados el 11 de septiembre por personas que se identificaron como musulmanes han empañado el buen nombre de esta magna religión mundial y que no le hacen justicia. El Islam ha sido secuestrado por un grupo de personas desesperadas y desorientadas que persiguen sus propios programas políticos y personales.

Un académico occidental, Samuel Huntington, alarmó al mundo hace algunos años cuando sugirió que el desarrollo de la política mundial había tomado rumbo hacia un choque entre civilizaciones, en concreto entre las civilizaciones occidental e islámica.

Cualesquiera fueran los motivos que impulsaron al Profesor Huntington a hacer esa predicción, éste afirmó recientemente en una entrevista que no quería ver en los ataques terroristas del 11 de septiembre el cumplimiento de esa profecía, e instó a un diálogo constructivo entre el mundo occidental y el islámico.

Un choque entre dos importantes civilizaciones que han aportado tanto a la humanidad constituiría una gran tragedia para el mundo entero. Debe evitarse a toda costa. Con este propósito, y a fin de crear una mayor comprensión entre las civilizaciones —en particular entre el Islam, que no se comprende bien, sobre todo en Occidente, y las otras civilizaciones del mundo— la República Islámica del Irán inició este proceso de diálogo entre civilizaciones bajo la dirección del Presidente Seyed Mohammad Khatami, el cual condujo a la aprobación de la Declaración de Teherán de mayo de 1999 y culminó con la proclamación del año 2001 como Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Estamos muy agradecidos al Irán por esto y por su liderazgo inspirado y futurista.

Con respecto a los asuntos humanitarios, es triste observar que a pesar de los avances de la ciencia y la tecnología, la humanidad sigue siendo prisionera de los viejos prejuicios y recelos de nuestros antepasados, como lo evidencia el hecho de que en cada país y sociedad se estereotipe y caricature a otros pueblos, religiones y culturas debido únicamente a las diferencias en el color de la piel, en los rasgos, las costumbres y las religiones. Aquí radica la importancia del proceso iniciado en las Naciones Unidas con la proclamación del año 2001 como Año del Diálogo entre Civilizaciones, el cual, si se lleva a cabo con seriedad y en el espíritu en el que fue concebido, tendrá efectos positivos y de largo alcance en la sociedad humana.

Las Naciones Unidas están directamente interesadas en el éxito del diálogo entre civilizaciones por la sencilla razón de que el proceso contribuirá a una mayor comprensión entre los países y los pueblos, contribuyendo así de manera específica a la paz mundial. Se trata de un proceso en el que esta Organización es un componente fundamental y un protagonista principal. Se trata de una medida de fomento de la capacidad por excelencia que puede ser un factor importante en los esfuerzos de las Naciones Unidas por forjar una comprensión y una armonía mundiales en el contexto de un mundo mejor y más pacífico. A nivel sectorial, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha realizado una amplia

gama de actividades en este proceso. Encomiamos y continuamos alentando los esfuerzos que ha realizado.

La comunidad internacional debe apoyar firmemente la iniciativa y los esfuerzos encaminados a promover el diálogo entre civilizaciones. Habida cuenta de las enormes diferencias y prejuicios existente entre las civilizaciones humanas incluso en el siglo XXI, no debería haber sólo un Año del Diálogo entre Civilizaciones, sino un decenio o decenios, o incluso un siglo del diálogo entre civilizaciones.

El hecho de no reconocer la importancia de un diálogo constructivo y de una interacción entre los pueblos ha llevado en gran medida al estallido de conflictos étnicos o religiosos en países que aparentemente habían estado unidos durante decenios. Malasia, nación multi-racial y multirreligiosa, es plenamente consciente de los riesgos inherentes a una ruptura del tejido social, que de hecho se produjo y traumatizó a mi país.

Por fortuna, extrajimos lecciones del pasado y fuimos capaces de forjar una nación unida a partir de nuestra diversidad mediante políticas que promueven la tolerancia y la comprensión entre nuestros pueblos de etnias, culturas y religiones diferentes. Somos conscientes de que un país en el que coexisten en armonía general musulmanes, hinduistas, budistas, cristianos y gentes de otras religiones y sensibilidades culturales, el equilibrio entre las sensibilidades étnicas, religiosas y culturales no puede darse por sentado. Tratamos de alimentar, promover y mantener el diálogo religioso e intercultural. Además, los distintos grupos étnicos, culturales y religiosos pudieron aprovechar la combinación de sus energías para levantar la economía y consolidar la nación, sin descuidar por ello su desarrollo espiritual.

Desde entonces el Gobierno ha desplegado grandes esfuerzos para garantizar a una armonía racial y religiosa en el país a través del diálogo y la interacción entre los diferentes grupos étnicos existentes en Malasia, desde el nivel escolar, en el contexto de la consolidación de una nación malasia unida. En este sentido, el Gobierno ha adoptado una serie de medidas institucionales, tales como el establecimiento del Ministerio de Unidad Nacional, del Instituto de Comprensión Islámica y del Instituto del Pensamiento y la Civilización Islámicas, así como otros foros dedicados a la interacción entre varias culturas, actividades y diálogo entre los pueblos. Consideramos que gracias a esas políticas y a esas medidas Malasia continuará siendo una

nación que está a la altura del concepto de la unidad en la diversidad.

Resulta sumamente alentador observar en el informe del Secretario General que se han organizado importantes acontecimientos y actividades para apoyar el Año internacional del Diálogo entre Civilizaciones. Aplaudimos a los gobiernos de Austria, Alemania, Japón, Uzbekistán, Lituania y otros que han estado a la vanguardia para promover el tema del diálogo entre civilizaciones en varios programas conexos. Felicitamos a la Escuela de Diplomacia y de Relaciones Internacionales de la Seton Hall University por haber sido seleccionada para hacer las funciones de Secretaría de uno de los proyectos más importantes del Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones 2001. La Universidad de las Naciones Unidas ha organizado también una serie de seminarios, conferencias y otros acontecimientos, entre los que cabe citar un concurso infantil de ensayos titulado “Diálogo más allá de las fronteras”.

Después de los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre, es ahora más importante que nunca adoptar medidas concretas para fomentar el diálogo y la comprensión entre los pueblos y las civilizaciones y para lograr sin demora los objetivos enunciados en la Declaración del Milenio, que se erige como un testigo del compromiso mundial renovado en pro de la paz y del desarrollo.

Mi delegación celebra que en el informe del Secretario General se destaque el importante vínculo existente entre el diálogo entre civilizaciones y la mundialización. La mundialización presenta tanto desafíos como oportunidades al proceso de diálogo entre civilizaciones. Nos corresponde a nosotros, la comunidad internacional, superar esos retos y aprovechar las oportunidades para que la mundialización contribuya a fortalecer y consolidar a la civilización humana, no a debilitarla. Malasia está totalmente de acuerdo con el Secretario General en que es

“... de importancia decisiva que la mundialización no refleje el triunfo o victoria de ninguna ideología o sistema cultural o económico sobre otro”.  
(A/56/532, párrafo 16)

Todos debemos velar por que los beneficios de la mundialización se distribuyan de manera más equitativa, de manera que las injusticias que con frecuencia van unidas a este proceso no se consideren como algo que afecta sólo a determinados grupos. La mundialización y

el diálogo entre civilizaciones deben ir a la par; éste último puede ayudar a suavizar las fricciones que pueda engendrar la primera.

*El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.*

Con demasiada frecuencia hemos visto cómo la falta de comprensión y las tergiversaciones con respecto a una nación, una cultura o un individuo han llevado al recelo, la desconfianza, el temor y los prejuicios, que desembocan en la intolerancia, la incompreensión, el conflicto e incluso en la guerra. Por este motivo es importante que la comunidad internacional comience a fomentar, alentar y facilitar de manera concertada y coordinada el diálogo y la comprensión entre diversas culturas y civilizaciones, promoviendo así la paz, la tolerancia y la cooperación.

Mi delegación estima que el proyecto de programa mundial para el diálogo entre civilizaciones que se ha sometido a nuestra consideración es serio y proyectado hacia el futuro, y que constituye una medida concreta en ese sentido. Apoyamos plenamente el contenido del proyecto de resolución, en particular su programa de acción, ambicioso y realista a la vez. El éxito de la aplicación del programa de acción dependerá del compromiso y del esfuerzo de todos los Estados Miembros. No obstante, las Naciones Unidas tienen un papel y un interés especiales en garantizar ese éxito ya que, en última instancia, el concepto del diálogo es coherente con los principios y propósitos fundamentales de las Naciones Unidas. De hecho, el diálogo —que abarca los debates y las negociaciones entre representantes de las naciones— es la razón de ser de esta Organización.

**Sr. Manalo** (Filipinas) (*habla en inglés*): Damos las gracias al Secretario General por su informe sobre el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones y agradecemos a la delegación de la República Islámica del Irán su iniciativa de hacer avanzar nuestro debate sobre este tema tan importante. Resulta muy oportuno que celebremos este año el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre y la pérdida de vidas humanas que provocaron son un recordatorio constante de que la paz sigue siendo esquiva. Si bien el ataque representó lo peor de la humanidad, sirvió para que la comunidad internacional tomara conciencia de la necesidad de intensificar el diálogo, de promover la cooperación y de fortalecer los fundamentos de nuestras aspiraciones comunes para el futuro de la humanidad.

Mi país también tuvo que hacer frente a la adversidad y recurrimos al diálogo como medio de destruir las barreras geográficas, culturales y sociales. Filipinas tiene una sociedad rica pero diversa desde el punto de vista cultural. De ahí la necesidad del diálogo para fomentar la unidad nacional. Nuestro Gobierno lanzó programas y proyectos elaborados a través de diálogos constructivos para mejorar la comprensión y el respeto mutuo entre nuestros pueblos de etnias, culturas y lenguas diferentes. Esos programas no sólo han ayudado a que valoremos más los valores, símbolos, significados y expresiones que distinguen a las diferentes culturas del país, sino que también han contribuido a apoyar la cooperación y el respeto dentro de las comunidades. Es necesario un proceso semejante a nivel mundial.

No obstante, en Filipinas, como en otras partes del mundo, sigue siendo urgente velar por que no se produzca un retroceso en el proceso de diálogo, tolerancia y respeto entre culturas o civilizaciones. Hay elementos en nuestra sociedad que continúan sembrando la desconfianza, ensalzando las diferencias étnicas o religiosas como motivos para fomentar la violencia en lugar de la comprensión y la cooperación.

Cuando nuestros Jefes de Estado se reunieron el año pasado en la Cumbre del Milenio reiteraron la necesidad del diálogo como medio para mantener la paz. Compartieron la visión de que la comunidad internacional debe avanzar hacia un mundo de paz, seguridad, estabilidad y prosperidad. Para impedir que haya más conflictos en el futuro, es cada vez más obvio que el diálogo entre civilizaciones es esencial. Como ha manifestado el Secretario General, debemos ser capaces de fomentar el diálogo sin crear nuevas barreras, y de promover la cooperación sin frenar la integración.

Las Naciones Unidas siguen siendo la base sobre la que debe realizarse este diálogo entre las civilizaciones. A través de los años se han logrado avances en esta materia porque la Organización ha ayudado a promover la tolerancia y la comprensión. Y tiene la posibilidad de adoptar más medidas concretas para demostrar cómo el diálogo puede unirnos en lugar de separarnos. De las distintas conferencias e intercambios internacionales sobre la promoción del diálogo celebradas este año pueden derivarse resultado medidas prácticas encaminadas a este fin. En este sentido, acogemos con beneplácito la publicación del libro *Crossing the Divide: Dialogue among Civilizations*, elaborado por el Sr. Picco y por las personalidades nombradas por el Secretario General, ya que en él se aborda el nuevo

paradigma de las relaciones internacionales por medio del diálogo.

Algunos han señalado que desde los atentados del 11 de septiembre nuestro mundo se enfrenta a un futuro inseguro. Esto no es necesariamente cierto. Sin embargo, la tentación de recurrir a la exclusión y a la desconfianza sigue siendo fuerte. Debemos resistir a esta tentación trabajando enérgicamente para salvar las diferencias reales y percibidas. Cerrar las brechas culturales mediante el diálogo y la cooperación sigue siendo la mejor manera de hacerlo.

Debemos evitar el síndrome del “nosotros” y “ellos” y el hacer estereotipos de pueblos y culturas. Isaiah Berlin escribió que los estereotipos son una fuente de conflicto. Los vecinos odian a los vecinos por los que se sienten amenazados y racionalizan sus temores representándolos como perversos o superiores. Pero los estereotipos son tan sólo un sustituto del verdadero conocimiento, imágenes y estímulos generalizados de desdén por otras naciones y culturas.

Más allá de nuestras culturas y civilizaciones diferentes, nos une la necesidad imperiosa de hacer frente a nuestras cargas compartidas: la privación y la vejación que conlleva la pobreza, las amplias bolsas de subdesarrollo, la degradación del medio ambiente, la existencia de conflictos y el clamor silencioso de las víctimas del hambre y la enfermedad. La necesidad de abordar esos retos universales trasciende a las diferencias culturales.

No olvidemos que el propósito de la celebración del 2001 como Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones es abarcar la interdependencia de la humanidad y su rica diversidad cultural. La opción que tenemos ante nosotros está clara: debemos trabajar juntos para hacer frente a los flagelos comunes que continúan azotando a nuestro mundo. La mundialización de las fuerzas económicas y culturales y la interdependencia cada vez mayor no hacen sino aumentar la necesidad del diálogo y la cooperación para que los beneficios de la mundialización no alcancen sólo a unos pocos.

Como ha señalado otro escritor muy conocido, todas las culturas están entremezcladas unas con otras, ninguna es independiente y pura, todas son híbridas, heterogéneas, extraordinariamente diferenciadas y no monolíticas. Nadie puede negar las geografías culturales y las diferencias lingüísticas, pero no parece haber razón, salvo el miedo y los prejuicios para insistir en

separarlas y diferenciarlas. Reconocer este hecho permitirá que el diálogo entre civilizaciones pueda utilizarse como un medio de crear un futuro de paz y prosperidad para todos.

**Sr. Kadirgamar** (Sri Lanka) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: En nombre de Sri Lanka, quiero felicitarlo por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo sexto período de sesiones. Es usted Ministro de Relaciones Exteriores de un país asiático, la República de Corea, con el que Sri Lanka mantiene desde hace mucho tiempo unas excelentes relaciones. Cuenta usted con la plena cooperación de la delegación de Sri Lanka, y le deseo todo lo mejor en sus esfuerzos por guiar el destino de esta Asamblea.

Permítaseme también felicitar al Presidente Khatami y al Gobierno del Irán por su loable iniciativa de exhortar a la Asamblea General a que proclame el año 2001 Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Cuando se propuso por primera vez esta idea en 1998, hubo quienes se preguntaron si esa iniciativa podría dar lugar a resultados prácticos. Hoy no creo que pueda oírse ni una sola voz en desacuerdo. De hecho, los terribles acontecimientos registrados en esta ciudad hace dos meses han subrayado de manera dramática la necesidad fundamental de que el mundo comience a apoyar un diálogo serio e informado entre civilizaciones.

A lo largo de la historia de la humanidad, la religión ha dividido al hombre. La religión ha puesto al hombre en contra del hombre. La religión ha conducido a los crímenes más abyectos que se han cometido en la prolongada historia de las guerras. Ha conducido a la intolerancia, al fanatismo, a la ignorancia y a la superstición. Y por el contrario, la religión debería ser la gran fuerza unificadora en las vidas de los hombres. La búsqueda de la verdad debería verse iluminada por las enseñanzas de las grandes religiones del mundo. Y así sería si encarásemos la religión —las religiones de otras personas— con una mente abierta y con una actitud de respeto.

En Sri Lanka coexisten y han coexistido durante siglos en una armonía constructiva cuatro de las grandes religiones del mundo: el budismo, el hinduismo, el Islam y el cristianismo. En todas las ciudades y en lo más profundo de la campaña de Sri Lanka conviven, los templos budistas, los koviles hinduistas, las mezquitas musulmanas y las iglesias cristianas.

Por ello Sri Lanka propuso con confianza en 1998 la observancia en el sistema de las Naciones Unidas del Día de Vesak, día en que, según la tradición, nació, alcanzó la iluminación y falleció Gautama, el Buda. El proyecto de resolución correspondiente fue presentado por Sri Lanka y patrocinado por otros 34 Estados cristianos, budistas, musulmanes y socialistas de todo el mundo. De esta manera, la comunidad internacional se unió para honrar el nombre y las enseñanzas de uno de los grandes líderes espirituales de la humanidad. El Buda fue un príncipe de la paz. Predicó la tolerancia, el amor y la compasión. Su mensaje, enunciado hace más de 2.500 años, trajo consuelo, paz de espíritu y comprensión de la condición humana, originariamente a millones de personas del Asia meridional, Asia oriental y Asia sudoriental, y ahora a cientos de millones de personas de todo el mundo.

Hoy deseo plantear la cuestión del lugar que ocupa la religión en el diálogo entre civilizaciones, ya que es la religión la que ha sustentado a todas las civilizaciones desde tiempos inmemoriales. Creo que nosotros en las Naciones Unidas, donde todas las naciones se reúnen y donde todas las naciones buscan juntas la manera de abordar los problemas comunes de la humanidad, debemos centrar nuestra atención en lograr que los pueblos del mundo adquieran una mayor conciencia de las similitudes existentes en las enseñanzas de las grandes religiones del mundo. Entonces nos daremos cuenta de que las creencias religiosas deben unir a los pueblos de la tierra e informarlos en su búsqueda común de la verdad, en lugar de dividir y confundir a los seguidores de los distintos credos.

Lamentablemente, para la mayoría de la gente la fe en su propia religión parece aniquilar todo interés en otras religiones. Los seguidores de cada religión se sienten llamados a hacer de su religión un artículo de exportación. Conducirían a todas las almas al mismo recinto espiritual. No son conscientes de la enorme pérdida para la humanidad que supondría la imposición de un credo común para todos. La supresión de las distintas tradiciones religiosas haría de este mundo un lugar pobre. ¿Tenemos derecho a destruir lo que no hemos aprendido a valorar? Es vandalismo espiritual reducir a cenizas aquello que es valioso para el alma de un pueblo, aquello que se ha ido acumulando laboriosamente con la sabiduría de los siglos.

En el transcurso de una serie de conferencias pronunciadas en Oxford entre 1936 y 1938, el Profesor Rakhkrishnan, eminente filósofo indio —el primer

Catedrático de Religión y Ética Orientales de la Universidad de Oxford, y que fue más tarde Presidente de la República de la India— demostró con abundantes citas de los textos antiguos que la vida y las enseñanzas de Jesucristo tal como se narran en los Evangelios guardan sorprendentes similitudes con la vida y enseñanzas de Gautama, el Buda.

Además, hay muchos paralelismos entre Krishna y Jesús. Y como ocurre con las enseñanzas de Buda y de Jesús, una comparación del Bhagavad Gita con el Corán revela sorprendentes similitudes, a pesar de que puede que esas dos escrituras estén separadas por nada menos que 1.000 años.

Si las grandes religiones continúan desperdiciando sus energías en una guerra fratricida en lugar de considerarse a sí mismas como socios amistosos en el deber supremo de nutrir la vida espiritual de la humanidad, el rápido avance del humanismo secular y del materialismo moral está asegurado. En un mundo agitado y desordenado, incrédulo hasta un punto insospechado y en el que supersticiones siniestras tratan de ganarse con sus reivindicaciones rivales la lealtad de los hombres, no podemos permitirnos cejar en nuestro empeño de que toda la humanidad sea un pueblo unido, en el que musulmanes y cristianos, budistas e hinduistas deben estar juntos, unidos por una devoción común, no a algo que queda detrás, sino a algo que está por delante, no a un pasado racial o una unidad geográfica, sino a un gran sueño de una sociedad mundial con una religión universal de la que las religiones históricas no sean sino ramas. Debemos reconocer humildemente el carácter parcial y defectuoso de nuestras tradiciones aisladas y buscar su fuente en la tradición genérica de la que todas han surgido. Entre las grandes religiones hay similitudes y diferencias. ¿No es acaso nuestro deber fomentar la unidad entre ellas en vez de perpetuar la división?

Todas las religiones se han sentado a los pies de maestros que nunca se han doblegado ante la autoridad de éstas; este proceso se está produciendo hoy a una escala sin precedentes en la historia de la humanidad, y tendrá una repercusión profunda en la religión. En su entorno más amplio, las religiones se ayudan mutuamente a encontrar sus propias almas y a desarrollarse plenamente. Debido a una fertilización cruzada de ideas y perspectivas, tras las que reposan siglos de tradición racial y cultural y el empeño más ferviente, se está produciendo una gran unificación en el tejido más profundo del pensamiento del ser humano. Quizá de

manera inconsciente está aumentando el respeto por las opiniones de los demás, la valoración de los tesoros de otras culturas y la confianza en las intenciones desinteresadas para con los demás. Poco a poco nos estamos dando cuenta de que necesitamos creyentes con diferentes opiniones y creencias a fin de elaborar una síntesis más amplia que pueda servir de base espiritual para un mundo agrupado en torno a una unidad íntima por el ingenio mecánico del hombre.

Debemos aprobar, apoyar e impulsar la iniciativa del Irán en este Año del Diálogo entre Civilizaciones. Las Naciones Unidas tienen un papel enormemente valioso que desempeñar en este proceso.

**Sr. Moreno** (Cuba): Comenzamos este milenio con la celebración del Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, excelente iniciativa que debemos al Presidente Khatami, de la República Islámica del Irán.

Sin embargo, es éste también el año en que ocurrieron los bárbaros actos terroristas del pasado 11 de septiembre, y en el que la población civil de una de las naciones más pobres de la Tierra, impactada además por graves situaciones de violencia en los últimos 20 años, está siendo seriamente afectada por intensos bombardeos aéreos.

Por tanto, nunca ha sido tan importante como hoy que tenga lugar un verdadero diálogo entre civilizaciones que pueda fomentar la comprensión mutua, la tolerancia, la coexistencia y la cooperación internacional. Uno de los grandes desafíos ante las Naciones Unidas es el de propiciar una percepción positiva de la diversidad y realzar el carácter de la Organización como el foro propicio para el diálogo en todas las esferas de la actividad humana.

Lamentablemente, estamos aún bien lejos de ese objetivo. La realidad internacional muestra que los que ostentan el poder y la riqueza mundiales, particularmente la potencia hegemónica, no tienen la voluntad política para promover una igualdad real de oportunidades y de verdadera justicia para todos los seres humanos en todas las naciones, etnias, culturas y religiones, y mucho menos para impulsar la solución de los tan complejos problemas internacionales mediante un diálogo que posibilite que los interlocutores de todas las naciones y grupos de países sean considerados en pie de igualdad.

Cada vez se alejan más las posibilidades reales de que los países subdesarrollados, la inmensa mayoría del mundo, puedan incidir de manera efectiva en los destinos internacionales. ¿Cómo lograr una participación efectiva de esos países en las relaciones internacionales, cuando en ellos se multiplican la pobreza y el hambre, se reducen sus posibilidades de desarrollo, se ve aumentar la muerte de millones de sus habitantes por enfermedades curables y siguen sin reducirse sus niveles de analfabetismo?

Los 1.300 millones de personas que viven en condiciones de absoluta pobreza en los países del tercer mundo, los 200 millones de niños desnutridos menores de cinco años, los 130 millones de niños que no tienen acceso a la educación, y los 840 millones de adultos analfabetos existentes en los países del Sur del planeta siguen en la desesperanza. Para que pueda hallarse una solución, tendrán que mejorar de manera ostensible la cooperación internacional y tomarse en cuenta con seriedad la voz de los países de ese mundo hoy preterido. Si no se reconoce que la pobreza, el subdesarrollo, la exclusión social, las disparidades económicas, la inestabilidad y la inseguridad que afectan a millones de personas han sido el resultado de injusticias históricas, que sólo pueden ser superadas mediante un compromiso serio de cooperación internacional, jamás se saldrá de este círculo vicioso marginación, muerte, sufrimientos y violencia. Y si no salimos de este círculo vicioso, no habrá diversidad. Y si no hay diversidad no le auguro éxitos a un efectivo diálogo entre civilizaciones.

Nuestra Organización tiene que llegar a ser el marco que propicie la diversidad, incluyendo la diversidad política, la diversidad ideológica y la diversidad cultural; y que contribuya decisivamente a modificar el orden injusto, inequitativo y excluyente. Las Naciones Unidas deben ser el marco que estructure un verdadero y amplio diálogo entre civilizaciones y culturas; deben convertirse en garante de esa diversidad y del cese de la imposición de valores ideológicos y culturales; deben destruir el valladar que se opone a un diálogo verdaderamente fructífero.

Estamos muy lejos de ello. La elección del camino de la guerra para combatir el terrorismo, por despreciable y condenable que éste sea, le escamoteó por ejemplo a las Naciones Unidas la función de paz y de diálogo que constituye su razón de ser, a la par que puede incluso crear las condiciones para que en un lugar de un merecido y fructífero diálogo entre civilizaciones, se entronicen nuevos conflictos, nuevas

diferencias y nuevas intolerancias que obstaculizarán aún más nuestro objetivo.

Un diálogo entre civilizaciones debe, como colofón, desterrar toda noción de superioridad cultural o ideológica basada en el racismo, la discriminación racial o de otro tipo, la xenofobia y la intolerancia. Creemos, por ejemplo, que la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia efectuada recientemente en Durban, Sudáfrica, es un ejemplo de cómo debemos identificar aquellos fenómenos que es preciso superar mediante un diálogo integral y profundo. Esperamos que esta Asamblea General tenga este aspecto en cuenta a la hora de arribar a conclusiones sobre el tema.

Sr. Presidente: Para concluir, puedo garantizarle que puede contar con la plena cooperación de mi país para el logro de los objetivos de este Año del Diálogo entre Civilizaciones, y para entronizar el respeto, la tolerancia y el reconocimiento del multiculturalismo como vehículos indiscutibles para alcanzarlos.

**El Presidente** (*habla en inglés*): De conformidad con la decisión adoptada en la 40ª sesión plenaria de la Asamblea General el 8 de noviembre de 2001, doy ahora la palabra al observador de la Santa Sede, Arzobispo Renato Martino.

**Arzobispo Martino** (Santa Sede) (*habla en inglés*): Mi delegación desea expresar su agradecimiento al Presidente Khatami por su encomiable y oportuna iniciativa de fomentar el diálogo y la comprensión entre los pueblos.

Mi delegación desea asimismo manifestar su gratitud al Sr. Giandomenico Picco, Representante Personal del Secretario General. Confío en que el libro *Crossing the Divide: Dialogue among Civilizations*, que es el fruto de sus esfuerzos, se traduzca a muchos idiomas y se convierta así en un buen vehículo para el diálogo.

En su mensaje para el Día Mundial de la Paz, celebrado el primero de enero de este año, el Papa Juan Pablo II se refirió a la necesidad urgente de reflexionar sobre el tema del diálogo entre culturas y tradiciones al que considera

“la vía obligatoria hacia la construcción de un mundo reconciliado, un mundo capaz de observar con serenidad su propio futuro. Éste es un tema crucial para la búsqueda de la paz ... La

Organización de las Naciones Unidas ha señalado a la atención esta necesidad urgente al declarar el año 2001 como ‘El Año Internacional del Diálogo entre Civilizaciones’.”

Las consecuencias de los ataques salvajes y sin precedentes del 11 de septiembre nos están obligando a todos a meditar sobre la urgencia del diálogo entre civilizaciones y a intensificar nuestras esperanzas al acercarnos al fin de este Año Internacional del Diálogo entre Civilizaciones. Cualquier acción de menor alcance no haría más que permitir que se pervirtiera el concepto mismo de civilización. Como se señala en el informe del Secretario General publicado recientemente: “Un diálogo entre civilizaciones no es sólo una respuesta necesaria al terrorismo sino, de muchas formas, su némesis” (*A/56/523, párr. 19*), y la existencia misma de esta Organización es testimonio del profundo deseo humano de justicia y paz. Los atentados terroristas han de hacer que las Naciones Unidas no sólo retomem esta reflexión sobre el diálogo sino que también reiteren su compromiso y determinación al respecto.

En la resolución del año pasado sobre el diálogo entre civilizaciones, la Asamblea General señaló

“que las civilizaciones no están limitadas a los Estados-naciones sino que abarcan diferentes culturas dentro de una misma civilización, y ... que los logros de las civilizaciones constituyen el patrimonio colectivo de la humanidad y son fuente de inspiración y progreso para la humanidad en conjunto”. (*Resolución 55/23, párrafo 3 de la parte preambular*)

Así pues, al reconocer la pluralidad de culturas y civilizaciones del mundo y la relación entre ellas, este órgano admitió el papel fundamental que la cultura, como subconjunto de cada civilización, ha de desempeñar en el drama que constituye cada vida humana.

La preocupación fundamental de la cultura en general y de toda cultura es la educación. Al ocuparse del hombre con todas sus capacidades morales, intelectuales y espirituales, la cultura genuina encuentra su origen en la búsqueda de la verdad última. En lo más recóndito de su corazón, el hombre trata de descubrir sus orígenes y su destino final. En muchos sentidos, la cultura es el medio por el cual comunidades enteras de los pueblos se acercan a Dios y se hacen las preguntas fundamentales de la vida. Esta búsqueda común de la verdad constituye la base de la cultura. En el centro de toda cultura se encuentra la actitud que adopta el

hombre ante el mayor de todos los misterios: el misterio de Dios.

Pese a que esta búsqueda es personal para cada corazón humano, se expresa naturalmente a través de las costumbres y tradiciones de comunidades enteras de personas que, mediante su relativa proximidad entre sí, han tratado de hallar el sentido último de la vida unidos como un pueblo. La primera experiencia de la convivencia se encuentra en la familia, experiencia universal cuya importancia difícilmente podrá subrayarse lo suficiente. La familia proporciona los fundamentos para las relaciones esenciales entre el individuo y sus orígenes. En la familia los individuos también alcanzan la madurez a través de una apertura receptiva a los demás y de la entrega generosa a ellos.

Por otra parte, existe una estrecha relación entre la cultura particular de un pueblo y su identidad como nación. La historia demuestra que en circunstancias particulares es precisamente la cultura la que permite a una nación sobrevivir tras la pérdida de la independencia política y económica. Ni siquiera los poderosos sistemas ideológicos del colonialismo y del totalitarismo pudieron, ni podrá tampoco el terrorismo, reprimir la necesidad universal de una vida cultural singular y particular.

Puede parecer que cualquier cultura determinada que se tome con seriedad puede reclamar con energía y decisión que posee la verdad: en cierto sentido, cada cultura puede afirmar que su camino es el único adecuado. Esta determinación puede incluso parecer que da cierta fuerza a las culturas. Sin embargo, reclamos tan simplistas han dado y siguen dando lugar a luchas y conflictos entre pueblos, por no mencionar los muchos actos inhumanos y salvajes contra la dignidad humana, justificados discutiblemente en nombre de la "cultura". Todas las culturas han de tener alguna relación con la libertad y la verdad. El fanatismo y el fundamentalismo no pueden equipararse a la búsqueda de la verdad en sí.

Un verdadero diálogo entre culturas exige el respeto por las diferencias. Con demasiada frecuencia, en tiempos tanto históricos como actuales, las diferencias étnicas y religiosas se han utilizado para justificar conflictos salvajes, el genocidio y la persecución. También han existido problemas cuando un grupo religioso ha tratado de expulsar de un país a los miembros de otra religión, utilizando a menudo la amenaza y la violencia misma. La cultura auténtica no puede construirse a partir de la persecución religiosa. Esta presunta cultura

se opone diametralmente a la persona humana y conduce en últimas a la desintegración de la sociedad.

El diálogo significativo entre las civilizaciones no puede tener lugar si no existe la libertad religiosa. Las culturas del mundo, con toda su amplia diversidad de virtudes, tiene mucho que aportar a la construcción de una civilización de amor. Lo que se necesita es el respeto mutuo por las diferencias entre las culturas, respeto inspirado en el deseo de defender el derecho de todos los individuos a buscar la verdad de conformidad con los dictados de su conciencia y dando continuidad a su patrimonio cultural.

Los seres humanos no son esclavos del pasado. No pueden hacer caso omiso del pasado ni recrearse como lo deseen; sin embargo, sí tienen la capacidad para discernir y escoger cómo deben vivir, como individuos y como grupo. Tienen suficiente libertad para aceptar las limitaciones que les imponen las diversas circunstancias históricas, culturales, económicas o de otra índole. Estas circunstancias pueden limitar su libertad pero no la pueden abolir. Como parte de la naturaleza humana, la libertad, en especial la libertad para elegir el diálogo y la paz, siempre es posible.

Tras reconocer la variedad de culturas y civilizaciones, cabe preguntarse: ¿qué es lo que unifica a la humanidad? En la respuesta que han propuesto y confirmado las Naciones Unidas el elemento unificador son los derechos universales que los seres humanos disfrutan por el hecho mismo de su humanidad. Fueron precisamente los ultrajes a la dignidad humana los que llevaron a la Organización de las Naciones Unidas a formular, apenas tres años después de su fundación, que la Declaración Universal de los Derechos Humanos sigue siendo una de las mayores expresiones de la conciencia humana de nuestros tiempos.

Como la afirmara el Papa Juan Pablo II en el discurso pronunciado en la Asamblea General en 1995:

“Lejos de ser afirmaciones abstractas, estos derechos nos dicen más bien algo importante sobre la vida concreta de cada hombre y de cada grupo social. Nos recuerdan también que no vivimos en un mundo irracional o sin sentido, sino que, por el contrario, hay una lógica moral que ilumina la existencia humana y hace posible el diálogo entre los hombres y entre los pueblos. Si queremos que un siglo de constricción violenta deje paso a un siglo de persuasión, debemos encontrar el camino para discutir, con un lenguaje

comprensible y común, acerca del futuro del hombre. La ley moral universal, escrita en el corazón del hombre, es una especie de gramática que sirve al mundo para afrontar esta discusión sobre su mismo futuro.” (A/50/PV.20, p. 3)

Mi delegación quisiera concluir con una reflexión final sobre la relación entre la civilización y el reconocimiento del valor y la dignidad de la vida humana. No puede existir diálogo auténtico alguno si no respeta la vida. No puede haber paz ni diálogo entre civilizaciones si no se protege este derecho fundamental. En nuestros tiempos han existido muchos ejemplos de generosidad, dedicación, incluso de heroísmo, al servicio de la vida. Sin embargo, el mundo sigue estando plagado de innumerables atentados a la vida. Cuando no se reconoce, ni se respeta ni se protege debidamente la dignidad humana de los miembros más débiles y más vulnerables de la sociedad, todas las civilizaciones padecen.

Con todo, una vez más, pese a estas prácticas atroces y a las crisis recientes, la humanidad no debe desalentarse. El concepto mismo del diálogo da por sentado nuestra capacidad de razonar y comprender y, especialmente, de cambiar y de reconstruir. La Santa Sede confía plenamente en que un verdadero diálogo entre civilizaciones será benéfico para todos.

**El Presidente** (*habla en inglés*): De conformidad con la decisión adoptada por la Asamblea General en su cuadragésima sesión plenaria el 8 de noviembre de 2001, doy ahora la palabra al Observador de Suiza.

**Sr. Staehelin** (Suiza) (*habla en francés*): En el transcurso de su historia, Suiza ha debido inventar y reinventar sin cesar formas de convivencia. La coexistencia de culturas, religiones y tradiciones diversas no obedece a un simple azar: requiere, más bien, constante esfuerzo. Ahora que el mundo ha pasado a ser lo que generalmente se denomina una aldea mundial, lo que es cierto dentro de nuestras fronteras lo es también más allá de las mismas. Por ello Suiza consideró que debía responder de inmediato a la iniciativa del Irán en favor del diálogo entre civilizaciones. Desde el principio, Suiza quiso contribuir a la aplicación de esta magnífica idea, con la esperanza de que su pertinente experiencia pudiera ponerse al servicio de otros.

Los acontecimientos trágicos del 11 de septiembre y sus consecuencias subrayan una vez más, si fuera necesario, la importancia del diálogo: éste debe ocupar un lugar central en la actualidad si se quiere evitar que empeoren la falta de comprensión y los perjuicios

imperantes entre nuestras civilizaciones, algo que algunos podrían aprovechar.

Permítaseme en primer lugar hacer algunas reflexiones generales sobre este tema.

Una civilización está definida por las normas, los valores, las religiones y las tradiciones, en la medida en que crean una identidad colectiva y un sentimiento común de pertenencia. Estas normas y este sentimiento de pertenencia contribuyen también a estructurar la identidad de los individuos, que saben moverse y reconocerse entre sí dentro de su sociedad colectiva. Así pues, puede verse qué tan fuertemente se identifican los individuos con la sociedad en la que viven. Por lo tanto, el diálogo entre civilizaciones nos concierne a cada uno de nosotros.

No obstante, las identidades personales y las civilizaciones no son cantidades fijas. Las sociedades se inventan, se reinventan y moldean sus conceptos del mundo. Lo hacen no sólo de manera autónoma sino también, y sobre todo, en su relación recíproca. Este proceso constante puede ser destabilizador. De ahí la tendencia al aislamiento, el rechazo del otro y de las civilizaciones y valores ajenos, que a veces se interpretan como amenazadores o incompatibles con la visión del mundo propia de cada cultura.

Por ello es necesario el diálogo: para reducir en la medida de lo posible la falta de entendimiento que alimenta el resentimiento y que, a su vez, da lugar a los conflictos entre civilizaciones diferentes.

Me parece que hay más similitudes que diferencias fundamentales entre las civilizaciones humanas. Las similitudes son incluso más evidentes en esta época en que aumentan las influencias recíprocas. Así pues, ¿uno de los objetivos primordiales del diálogo que deseamos entablar no debería ser el dar más relieve a los elementos constitutivos del patrimonio común de la humanidad? El respeto de la dignidad humana y de los derechos fundamentales del hombre son indudablemente un elemento central de este patrimonio común.

Para Suiza es de la mayor importancia el Diálogo entre Civilizaciones, factor esencial de la paz y la seguridad; de hecho, el 2001 es el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Esto es algo demasiado importante para que se quede en un simple concepto o en una aspiración vaga; hay que concretarlo en realidades concretas. Para que este Año del Diálogo dé lugar a cambios reales, debe percibirse en la vida

cotidiana de los ciudadanos de nuestros países. Con este objetivo en mente, Suiza desde hace varios años lleva a cabo actividades para fomentar el diálogo entre pueblos de civilizaciones y religiones diferentes, específicamente entre cristianos y musulmanes.

Permítaseme recordar algunas de nuestras iniciativas.

En respuesta a la propuesta del Presidente Khatami, Suiza, en cooperación con el Irán, inició un proyecto de diálogo entre ciudadanos de ambos países. Ese proyecto trata la cuestión del papel de la mujer en materia de educación, comunicaciones, salud y derecho. Su objetivo es promover un intercambio constante de ideas y de información entre las sociedades civiles de ambos países. Además, en la apertura del período de sesiones anual del Consejo Económico y Social, el Irán y Suiza decidieron expresar simbólicamente su cooperación organizando en Ginebra un concierto común de la Orquesta Nacional del Irán y de la Orquesta de Cámara de Ginebra, que interpretaron conjuntamente obras de compositores iraníes y occidentales.

Este año, Suiza también apoyó y ayudó a organizar en Argel, conjuntamente con el Gobierno de Argelia, un simposio sobre San Agustín, que nació y vivió en lo que hoy es Argelia. Junto con las autoridades argelinas, tomaron la palabra varias asociaciones musulmanas y cristianas, así como científicos e investigadores de diversas nacionalidades. También se llevaron a cabo otras actividades culturales conexas, tales como exposiciones y conciertos, lo cual garantizó que esta iniciativa tuviera repercusiones tangibles.

Así pues, es evidente que a través de estas iniciativas Suiza tiene la intención de promover la ejecución de proyectos concretos. Puedo asegurar a la Asamblea General que Suiza seguirá alentando y apoyando el diálogo entre las personas y las sociedades durante estos difíciles tiempos por los que atravesamos.

La historia de nuestro país nos ha convencido de que no hay alternativa a la búsqueda constante del consenso mediante el diálogo, sobre la base del respeto por las diferencias y por la identidad del otro. De ahí que estemos convencidos de que el mundo deberá tomar cada vez más conciencia, a través del diálogo, de la riqueza que le aportan sus diferencias.

**El Presidente** (*habla en inglés*): De conformidad con la resolución 33/18 de la Asamblea General de 10 de noviembre de 1978 y con su decisión 53/453 de 18 de diciembre de 1998, doy la palabra al observador

de la Organización Internacional de la Comunidad de Habla Francesa.

**Sr. Bouabid** (Organización Internacional de la Comunidad de Habla Francesa) (*habla en francés*): En 1999, en la octava Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno de los países que comparten el uso del idioma francés, celebrada en Moncton, Nueva Brunswick (Canadá), la Comunidad de Habla Francesa eligió el tema “El diálogo entre las culturas” para su novena Conferencia, la cual habría de celebrarse en Beirut del 26 al 28 de octubre de 2001. No obstante, habida cuenta de la situación internacional imperante tras los acontecimientos del 11 de septiembre, la Conferencia se tuvo que aplazar hasta el próximo año.

Esto indica claramente el interés particular que concede el mundo de habla francesa a la proclamación por parte de la Asamblea General del año 2001 como Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones.

Para la Comunidad de Habla Francesa, comunidad de pueblos y continentes de todos los continentes, el diálogo entre las civilizaciones, el diálogo entre las culturas y el diálogo puro y simple no son cuestiones excepcionales sino hechos cotidianos.

El fomento de un enfoque abierto y pluralista de la cultura y la civilización siempre ha estado en el centro de las preocupaciones de nuestra comunidad. El diálogo es la única manera de hacer frente a una sociedad internacional en la que se complementan entre sí las más diversas identidades, para bien de todas. Por ello es apenas natural que la Carta de la Comunidad de Habla Francesa consagre la intensificación del diálogo entre las culturas y las civilizaciones como uno de sus primordiales objetivos.

Para nosotros, el diálogo implica ir más allá de la simple tolerancia de la diversidad. Creemos que debe más bien considerarse como parte constitutiva de nuestra propia identidad. Esto implica también que debemos percibir y apreciar las características individuales como aspectos diferentes de lo universal. El diálogo, en la medida en que presupone la igualdad a pesar de las diferencias y la convergencia a pesar de las opiniones divergentes, persigue, más allá del simple intercambio verbal, el entendimiento mutuo. Los acontecimientos actuales reafirman, de ser necesario, la necesidad urgente de perseverar en este camino.

Guiada por una definición amplia de la cultura, la Comunidad de Habla Francesa ha procurado hacer del diálogo entre culturas un proyecto concreto, basado en la aceptación plena de las diferencias en todos los aspectos de la vida, incluso en el plano internacional.

Entre otras cosas, se ha dedicado a concebir nuevas maneras de trabajar conjuntamente por la coherencia y la armonía entre las culturas, en el contexto de la complementariedad compartida. En efecto, muchas amenazas procedentes de las aspiraciones hegemónicas se ciernen sobre varias civilizaciones. Unos pocos actores poderosos, tanto públicos como privados, procuran controlar los recursos jurídicos y normativos y determinar lo que es legítimo, a la vez que tratan de fabricar un imaginario uniforme y de promover la homogeneización de las maneras de ser, de comportarse y de consumir. No obstante, el resurgimiento de las identidades ha demostrado que la humanidad rechaza la uniformidad. La mundialización nos está llevando a la coexistencia y esto es algo que aceptamos con satisfacción. No obstante, esto no debe impedirnos vivir según nuestras maneras propias y diferentes.

Vivir aún más cerca los unos de los otros a la vez que aprovechamos nuestras diferencias: éste es uno de los mayores desafíos de este nuevo siglo. Aunque algunos se han sentido obligados a profetizar que la confrontación será inevitable, es evidente hoy que la comunidad internacional es consciente de la trascendencia del diálogo entre las civilizaciones y del pleno desarrollo de la diversidad de las culturas.

Prueba de ello es la aprobación la semana pasada, por parte de la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, de la Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural. El artículo 1 de la Declaración, como bien sabe la Asamblea, estipula que

“... la diversidad cultural es, para el género humano, tan necesaria como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras.”

La Comunidad de Habla Francesa desea pues emprender este ejercicio conceptual conjuntamente con el mundo árabe y con los pueblos de habla portuguesa, española y rusa, a fin de que gradualmente este debate pueda ampliarse hasta incluir a todos los miembros de la comunidad internacional.

Así pues, en el contexto de los preparativos de la Cumbre de Beirut, la Organización Internacional de la Comunidad de Habla Francesa organizó una serie de manifestaciones relacionadas con el diálogo entre culturas y civilizaciones, entre las cuales cito como ejemplos las siguientes.

Con ocasión del Día Internacional de la Comunidad de Habla Francesa, se celebró en París del 20 al 21 de marzo pasado un simposio intitulado “Tres espacios lingüísticos ante los desafíos de la mundialización”. Ese diálogo, en el que participaron las comunidades de habla portuguesa, española y francesa, fue inaugurado por los Presidentes Chirac de Francia, Chissano de Mozambique y Noboa Bejarano del Ecuador. El multiculturalismo y la identidad, la cultura y la economía, y la sociedad basada en el saber y las tecnologías fueron los tres temas en que los participantes centraron su atención. Entre las conclusiones del simposio, se recomendó enérgicamente que se elaborara un instrumento internacional para proteger y fomentar la diversidad cultural.

En una fecha anterior, en mayo de 2000, se celebró otro evento que permitió iniciar el diálogo con otro espacio lingüístico: el mundo árabe. Organizado conjuntamente por la Comunidad de Habla Francesa, la Liga de los Estados Árabes y el Instituto del Mundo Árabe, el simposio intitulado “La Comunidad de Habla Francesa y el Mundo Árabe”, permitió identificar puntos de convergencia y posibilidades de sinergia, en particular para fomentar entre las comunidades participantes la diversidad, la tolerancia y la utilización de las nuevas tecnologías de la información.

El mes pasado, durante un seminario celebrado en París y organizado conjuntamente por la Organización Internacional de la Comunidad de Habla Francesa y el Consejo del Idioma Ruso, organismo del Gobierno de la Federación de Rusia, se convino en dar prioridad a la diversidad cultural entre las esferas identificadas para la cooperación futura entre ambas organizaciones.

Por último, del 13 al 15 de junio de este año, la Comunidad de Habla Francesa celebró su tercera Conferencia Ministerial sobre la Cultura en Cotonou, Benin. Los Jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad de Habla Francesa encomendaron a esa Conferencia el mandato de explorar en mayor profundidad los problemas de la mundialización en materia de diversidad cultural, tal como los viven los miembros de nuestra organización. Mediante una declaración aprobada

en esa ocasión, la Comunidad de Habla Francesa reafirmó el principio de la primacía de la diversidad cultural y su determinación de adoptar políticas e instrumentos que puedan promover esa diversidad.

Los Ministros de los países de habla francesa decidieron también apoyar la propuesta encaminada a elaborar un marco reglamentario internacional de alcance universal a fin de promover la diversidad cultural, tratando así de consagrar el derecho de los Gobiernos a mantener, establecer y desarrollar políticas encaminadas a apoyar la diversidad cultural.

La novena Cumbre de la Comunidad de Habla Francesa que habrá de celebrarse el año próximo en Beirut, seguramente constituirá para los países de la Comunidad de Habla Francesa un momento culminante, aunque no el final, del diálogo entre las culturas. Siempre atesoraremos en el corazón, por una parte, el progreso hacia un mundo mejor y, por otra, la salvaguardia de la riqueza cultural de cada una de nuestras sociedades.

Para nosotros este proyecto es actual y a la vez futuro. Es un proyecto social a escala mundial encaminado a lograr una sociedad en la que las culturas y las civilizaciones se complementen en lugar de excluirse, se refuercen en lugar de atenuarse, se acerquen entre sí en lugar de fundirse; un proyecto en el que el objetivo último sea un mundo verdaderamente multipolar, respetuoso de los más vulnerables y de su derecho a la solidaridad, respetuoso de una gestión verdaderamente democrática de las relaciones internacionales.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Hemos escuchado al último orador en el debate sobre el tema 25 del programa.

Quisiera anunciar que, desde la publicación del proyecto de resolución A/56/L.3, los siguientes países se han convertido en copatrocinadores del proyecto: Andorra, Australia, Belarús, Bhután, Bosnia y Herzegovina, el Brasil, el Canadá, Chile, Costa Rica, Croacia, Chipre, la República Checa, la República Popular Democrática de Corea, la República Dominicana, Estonia, Guatemala, Hungría, Islandia, Liechtenstein, Madagascar, Maldivas, Nueva Zelandia, Noruega, las Filipinas, Polonia, Qatar, la República de Moldova, San Marino, Eslovaquia, Tayikistán, la ex República Yugoslava de Macedonia, Turkmenistán, Ucrania y los Estados Unidos de América.

La Asamblea General tomará ahora una decisión sobre el proyecto de resolución A/56/L.3, titulado "Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones".

¿Puedo entender que la Asamblea decide adoptar el proyecto de resolución A/56/L.3?

*Queda aprobado el proyecto de resolución A/56/L.3 (resolución 56/6).*

**El Presidente** (*habla en inglés*): ¿Puedo entender que la Asamblea General desea concluir su examen del tema 25 del programa?

*Así queda acordado.*

*Se levanta la sesión a las 18.40 horas.*